

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

DIRECTOR · PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABÉ



HEMEROTECA

MUNICIPAL

15 DE ABRIL DE 1923

AÑO IV. Número 54



LA PISTOLA NACIONAL



ASTRA ASTRA
REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL

FABRICANTES: { **GUERNICA**
{ **ESPERANZA Y UNCETA.** { **(VIZCAYA)**

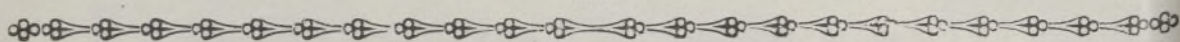
DELEGACIÓN GENERAL { **A.V.D. BERNABÉ** &
{ **MAYOR 86 MADRID** &

Unica reglamentaria en el Ejército.
Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS



Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA FOTÓGRAFO CARRETAS, 39 (Frente a Romea) Tres carnets para identidad 3 pesetas. Ampliaciones de SS. MM. del uniforme que se desee para cuartos de banderas y estandartes a 25 petas. Novedad fotográfica, 33 calcomanías para aplicarse en papel cartas, cintas, esmaltes, 5 pesetas	COMPañIA GENERAL DE AGUAS MINERALES REINA, 29 Y 31 Teléfono M. 1444
Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz, 2 Su Administradora D. ^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe.	BLANCO HUECAS para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsimiles. Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas. Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID
Joyería Hispano-Belga MONTERA, 22 Joyas artísticas y económicas. Relojería garantizada de todas marcas.	CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA Balbino Díez García. PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).
MATERIAL ELÉCTRICO LAMPARAS DE TODAS CLASES Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los militares que lo acrediten.	Construcciones en zinc, plomo, palastro y chapa galvanizada. Hilario Puerta García. *. Primera casa en envases para aceite. Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378
AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeletas del Monte Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería).	R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases. Teléfono M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID
LA OCASION COMPRA y VENDE motocicletas, bicicletas, accesorios, gramófonos y discos. Mayor, 68	CASA HERNANDO MAYOR, 29 Teléfono 2485.M Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas. accesorios de toda clase. Cintas, papel, carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE CUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el calloida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4,
MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERIA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M. 4.205 - MADRID

Escopetas - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. * * * Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos,

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL
EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de
instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del ejército o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando de Altola-guirre. De texto en la Academia de Caballería. Unico libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor. Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las **FALDAS DE JUSTO**. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corse-tería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.— Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

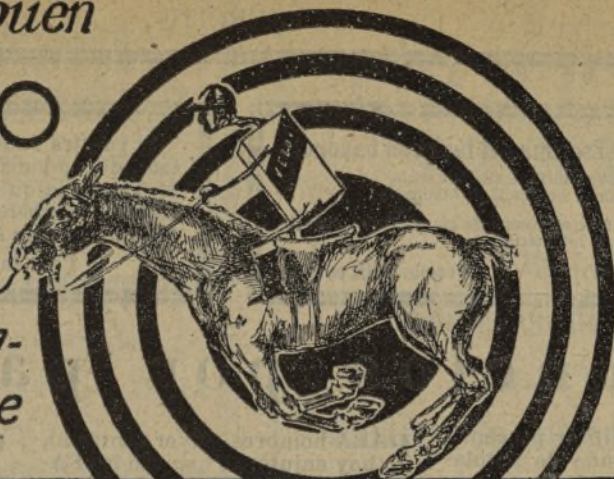
ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

Disponible

un buen jinete

hace un buen
Caballo

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata



DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIGEN
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN

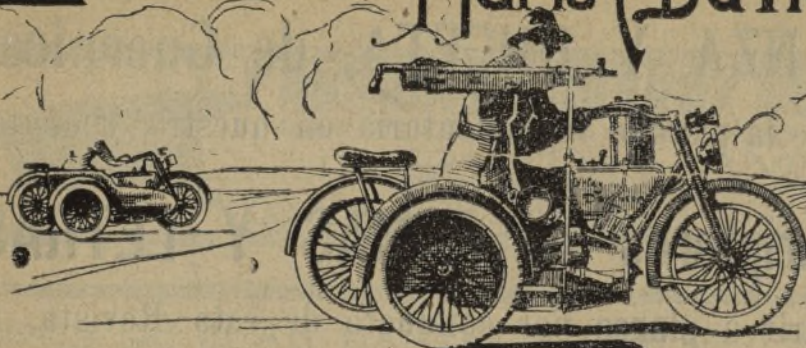
DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Anuncios "Los Tiroleses"

Ayuntamiento de Madrid

LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

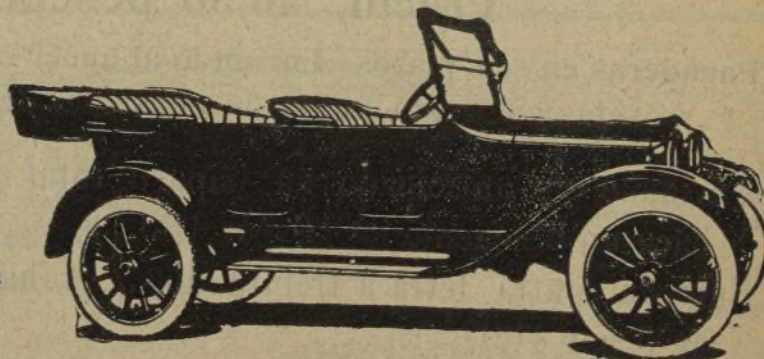
AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

Ayuntamiento de Madrid

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica

fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.





Roca

Fotografía

AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TETUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVEDE

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

(FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79)

MADRID

Establecimiento de toda clase de artículos militares, premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido.
Fábrica de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. — Condecoraciones finas y falsas de todas clases —
Medallas para premios y exposiciones — Insignias y distintivos con y sin esmalte.

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CENIDORES.—CHARRERAS, DRAGONAS Y HOMBREAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32

TELÉFONO 22-091

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



**BEBED
AGUA FARGAS**



BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-uritarios.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

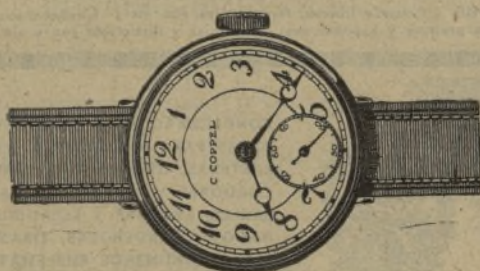
Acadé para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

FÁBRICA DE RELOJES DE CARLOS COPPEL

27, FUENCARRAL, 27. MADRID

Proveedor oficial de la Cooperativa del Ministerio de
la Guerra

REMESAS A
PROVINCIAS



CATÁLOGOS
GRATIS

Núm. 9.098

Reloj pulsera de cuero, máquina fina, de la
marca C. Coppel, en caja de plata de ley,
50 ptas. En caja de oro de ley, 200 ptas.

A pagar en plazos mensuales por media-
ción de la Cooperativa del Ministerio de la
Guerra.

Sucursal en Melilla: Calle O'Donnell, 23

ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::
:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo
EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.--MADRID

*En campaña, en guardias, en maniobras debe V.
llevar siempre consigo una Pluma Ideal
Waterman*

Conocida en el mundo entero :: Es la mejor.

Precio del modelo «Safety» 30 pesetas.

Pidiéndola por conducto de «Armas y Letras», la OASA
GRESPO la facilita a los jefes y oficiales del Ejército,
para pagar en seis plazos mensuales, sin aumento de precio. De
volución en los ocho días al no convenir.



Casa Crespo

Mayor 47

MADRID

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Planos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir.

CASA DE COMPRAS Y VENTAS **LA OCASIÓN**

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

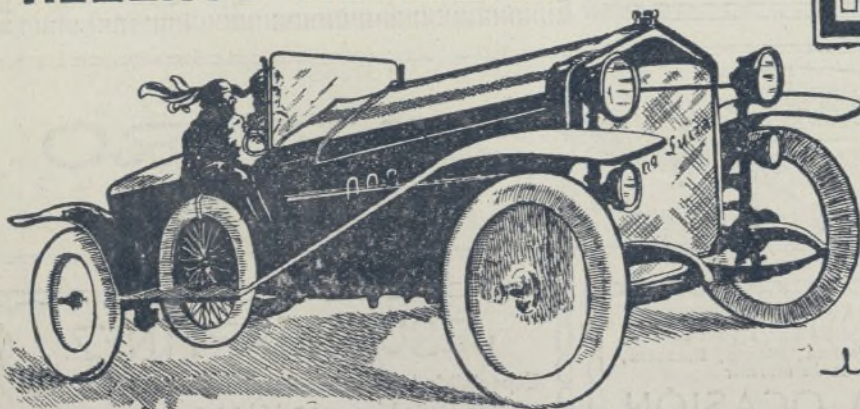
PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Chéreau



ENTRE JUAN Y PEDRO

—¿Sabes, Juanico, que me parece qu'esto se pone feo?

—¿Y el qu'es esto?

—¡Qu'ha de ser!... Las cosas de los moros.

—¡Otra!, ¿y por eso vas a cavilar?... ya sabrán ellos arregláselas.

—Sí... ¡ya baja!... como que si supían arreglase, estaríamos aquí musotros...

—Corriendito... cualquiá se mete en custiones de familia... ya sabes lo que lo que le pasó a Cristo Nuestro Señor por querer qu'el mundo andara bien...

—Y que lo digas, maño... si viás que miedo tengo de que mos pase una cosa igualica que la qu'hicieron los judíos...

—¡Reconcho!... aún vas a asustame...

—Pero, ¿es que tú n'oyes las cosas que icen que ponen los papeles periódicos?

—Algunas oigo; pero, a mí, que chufilen...

—Que chufilen ¿verdad?, y ¿si te dan en los morros?...

—¡Qué le vas a hacer!... ¡por una vez!...

—Sí, una... ya te conformarías con que fuán seis u siete, no más...

—Pero, oye ¿es que llevas en el bolsillo moros d'esos farrucos enrevesaos?

—No digas bobadas, maño, y ascucha... ¿ves aquel quintorro que va pò allí?

—Paice que sí que lo veo.

—Pos a lo mejor es un moro disfrazao...

—¿Disfrazao de qué?, ¿de quinto?

—Sí, de quinto: asuponte que vienen unos cuantos así y cuando estamos tós dormíos... ¡a cortar cocotas!

—Si estamos tós dormíos, ¿quién las va a cortar?

—Chungueate, pero t'advierdo que ya han querío hacerlo en un campamento, con que, ándate con ojo.

—Que mal pensar m'ha venío maño... ¡pos no pensaba si serías tú un disfrazao!...

—¿A que vas a hacer que te de dos mamporros?; mira, por haber muchos como tú, que se chun-guean de tó, estamos como estemos...

—Es que dices unas cosas.

—Yo no digo ná que n'haiga pasao.

—Pero, ¿qu'es lo qu'ha pasao, recontra?

—Pos muchas cosas, y las que pasarán.

—¡Venga d'hay!..., una...

Pos una, que en aquel campamento que le llamaban de San-Drís...

—¡Oye!, pero, ¿tíen santos los moros?

—Yo siempre vi que en los partes que mos daban pá llevar ponía una s delante del nombre.

—¡Ah! ¿Pero tú estuviste allí? ¿Cuándo la sarra-cina?

—No, hombre, no; s'hubiá estao entonces...

—Es verdad; creo que quedaron poquicos...

—¿Poquicos? ¿Cómo que no se pudo ni empezar a contar!

—Güeno, y ahora ¿que pasa allí?

—Casi ná: qu'han puesto la mar de cañones, pa tirar desde allí aonde les convenga y que más arriba tamién tienen y tiran al blanco contra unos pedruscos que tenemos allí, que nos los regaló uno qu'ician Vélez y en la posición esa de la Taza, los asan y no puén ni asomar las narices y que ¡vaya, que está mu malo tó eso!...

—¡Bah! Si no fuás tan exagerao, aún pué que creyera algo...

—No lo creas, no; pues mira, en España, corre la voz de que debíamos achicarnos y amorrarnos en el río ese que llaman Querer...

—¡Rediez! Pero, ¿es verdad eso, maño?... ¿Y lo dicen españoles?... Aluego querrán que digamos que semos valientes... si no pué ser...

—¿El qué no pué ser? ¿Que seamos valientes?

—Que seamos... miá que nosotros mismos icir eso... primero, déjalos en paz; aluego, dales volquetes de pesetas y ahora qu'andemos p'atrás... ¡claro!... es lo que te dije el otro día... a los paisanos no se les pué pedir que no manchen el uniforme, porque como no lo llevan...

—Apara, apara un poco... ¿t'acuerdas qu'iba a venir un general vestío de civil, no de los del tricorno?... pos ya vino, pero lleva un uniforme mu flamante, que le está mu bien.

—¿Y no se le enreda el chafarote entre las piernas?

—¿No ves que no lo lleva?

—¡Otra! ¿Qué va a hacer un general sin sable? ¿Ya podrá sólo con el bastón?, o tampoco lo lleva...

—Sí, eso sí; y que s'ha hecho más timplao dende que se puso la guerrera, aún no se l'había abrochao cuando le ijeron lo que los moros hacían en los pedruscos de Vélez y ya dijo, carraspeando, como hace el alcalde de mi pueblo cuando s'incomoa, que a estas gentes no se las pué tratar con contemplaciones...

—Y tié razón; más qu'esos qu'icen que nos gol-

vamos p'atrás...; miá que si hacen eso, nuestros agüelos cuando la bronca con los franceses, nos arreglan...

—Entonces eran más callaos los hombres...; si alguno hablaba era para icir... ¡no reblar!, y cómo sabían hacelo ¡ridiez!; se rompían, sí, pero doblase...; amos qu'hay que velo para creelo...

—Si no hubíamos parao hasta llegar aonde fuera...; porque eso de que se rían de'uno por lo qu'otros digan...

—Pos mira, asín es... dende allá, que si deben venir paisanos u sacristanes y aluego, que caen unos cientos, pues tós héroes y que si tuvo la culpa éste u el otro u denguno y, como los pastores, se tira la piedra a la ovejica qu'está más cerca y corre menos y las otras a escapar...

—Y que lo digas...; miá que no saber entodavía aonde están enterraos los de Anal y tós aquéllos probes d'alrededor y encima dar porrás de duros pa que nos den un par de cientos de los ocho mil que teníamos...; güeno, mira... amos a hablar d'otra cosa porque...

—Yo lo que digo es, que p'hacelo to a güenas como icen algunos, podían venir ellos y marcharnos mosotros y tan ricamente.

—¿Quién, esos de las voces esas?... ¿Qué t'has fegurao que son?... Son hombres...; aguát a ver si lo ricuerdo... son... hombres conscientes de lo que son y... de no sé que, abierto... me parece qu'es el espíritu; no se de quién... y quieren... eso ya es más difícil sabelo, porque a lo mejor quieen que cojas agua del río dende arriba, dende el monte...

—¿Y mosotros, qu'estamos aquí viéndolo tó de cerca, amos de hacer lo qu'esos digan?...; no sería más mejor qu'hiciesen ellos lo que d'aquí?...

CURIOSIDADES

Probablemente, los pendientes son los adornos más antiguamente usados. Según el Génesis, los había ya en tiempos de Jacob, unos 1732 años antes de Cristo, habiendo sido esta antigüedad confirmada por los hallazgos arqueológicos en la Tróade, en Etruria y en las Islas Británicas, donde se han encontrado algunos muy artísticamente trabajados. Es muy curioso el hecho de que la estatua conocida por la Venus de Médicis tiene las orejas horadadas, como para poner pendientes.

El uso de éstos debió ser al principio más supersticioso que ornamental. San Agustín censuró duramente el empleo de pendientes como amuletos en su tiempo. Una vez olvidado el poder mis-

—U que se callaran... ya lo ha icío ese señor qu'han vestío d'uniforme pa que vea esto..., antes de embarcarse parece el mar una cosa y luego es otra... ya tié vista, ya...

—Pero, ¿le dejarán icir lo qu'ha visto?, porque esos de los papeles... ¡ridiez!, suelen tener unas antiparras...

—Ya le dejarán, ya..., me paice qu'es de los que cuando quíe hablar, habla.

—¿Es verdad qu'han ido a Madrid unos moros mu prencipales?

—Sí que han ío, sí.

—Pos esos dirán algo, porqué mejor que ellos...

—Si como icir... aquí no falta nunca quien diga, pero dende su casa.

—Eso icía un labrador de mi pueblo un día de nieve y cierzo que no tenía más remedio que salir al campo, y viendo que su mujer lo asaba a consejos acabó por icirla amoscao: «¡Ahí, sentadica, qué bien lo apañas tó, ridiez!».

—Eso, eso había que icir a mucha gente cuando hablan de lo qu'hay qu'hacer aquí, y dimpués de icírselo, traelos por los zancajos pa qu'hablasen aquí, ¿a que se callaban?

—¡Qué se yo! Miá qu'hay algunos que no sé yo si dimpués de muertos callarán...; güeno, que t'alivies, que voy de convoy allá arriba.

—A ver si no os dejan ir.

—No hay cuidao, llevamos unos paisanos alante y son los que mus abren camino... ¡hay que ver lo que s'apprende, maño!

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAQUIRRE

terioso que se les atribuía, han sido conservados como adorno.

El monumento que puede vanagloriarse de haber tenido empleado en su edificación mayor contingente de obreros es la famosa pirámide Keops, de Gizeh, en Egipto, donde, según los orientalistas más autorizados, trabajaron unos siete millones de esclavos. Dicha pirámide tiene aproximadamente una altura de 140 metros, y cubre una extensión de 227 metros. En transportar algunos de sus sillares fueron empleados 2.000 hombres, los que tardaban tres años en acarrear las pesadas piedras desde la cantera, situada a una legua escasa de las pirámides en construcción.



DE LO QUE HIZO EL HIDALGO DON RODRIGO

por ARTEMIO DE VALLE ARIZPE

Determinó robar las alhajas de la Virgen.

Buscó y granjeó con diligencia y con mil invenciones y artes la llave para entrar por la sacristía y realizar tan sacrilego propósito. Y untando largamente al meloso e incorruptible sacristán con ungüento mexicano, como así llama en una de sus jácaras a los dineros del coecho el viejo poeta hispalense Don Luis Quiñones de Benavente, obtuvo una llave ferrugienta, pesada y grande, como de puerta de antigua ciudad murada, que entre orneados rebojos de hierro andaba en apollado cajón abandonado entre la humedad sombrosa de un rincón de la sacristía.

Ya con la llave en su poder, y cuando la villa se envolvió en las sombras, como rica hembra que se recata en sus luengas tocas de viuda, y se intensificó su soledad con una más grata sensación de paz bajo la temblorosa plata de las estrellas, entonces, al filo de las once, salió Don Rodrigo de su casa, como una sombra más, cubierto por ancha y gachoso sombrero y luenga capa de velarte, y se enhebró por la tortuosa estrechez de la calleja, en que los pasos se perpetúan a la distancia con un sonoro resonar. Y en la propicia complicidad que la noche le ofrecía con su silencio, llegó tras de la iglesia de las Jerónimas, y detúvose en una puerta achaparrada, en cuyos labrados cuarterones de tracería andaba indecisa la amarilla inquietud que bajaba de un legañoso farol, encendido ante la vejez de un negruzco retablo de Ánimas, cubierto de mohosa alambra.

Un corchete pasó lento a la distancia; llevaba su enrejada linterna con balanceo indolente, e iba silbando la Chacona, lasciva zarabanda, y su silbo

hacía levantar de entre la sombra un eco ténuo, largo, fino. Don Rodrigo se estuvo bien quedo hasta no ver a aquel porquerón o corchete doblar la esquina próxima y entrar en otra calle, por la que siguió derramando su indolente tonada; entonces el caballero, escrutó cauteloso la obscuridad, y con la llave que llevaba prevenida abrió aquella recia puerta del álside, y tras de atravesar la larga frialdad de un húmedo pasillo que lo llevó a la sacristía, entró con una vaga inquietud y un extraño recelo a la iglesia, en que había una paz de sepulcro, húmeda y negra, y andaba dispersa en discreta suavidad una benigna fragancia de incienso, de flores marchitas, de cera y de maderas balsámicas. Se sentía allí la frialdad de vuelos invisibles. Los ecos que levantaban los pasos marciales de D. Rodrigo eran profundos, se perseguían y se enlazaban afanosos, alargándose con medror bajo las naves llenas de espesa tiniebla. Un viento ignorado balanceaba lentamente las lámparas, que ponían en fátuo centelleo en el oro agónico de los retablos, y en aquel sosiego era más inquietante y más hondo el enigma del coro. En el crucero, las estatuas tumultares turbaban la sombra con su blancura y alazaban con mayor aspiración la piadosa idealidad de las manos. Tal vez un santo asceta meditaba profundamente ante una calavera en el oscuro rincón de un altar, y una angustiada Virgen lloraba sin consuelo o algún Cristo con enaguillas, desmelenado y sangrante, moría retorciéndose dolorosamente en la temerosa oquedad de alguna capilla.

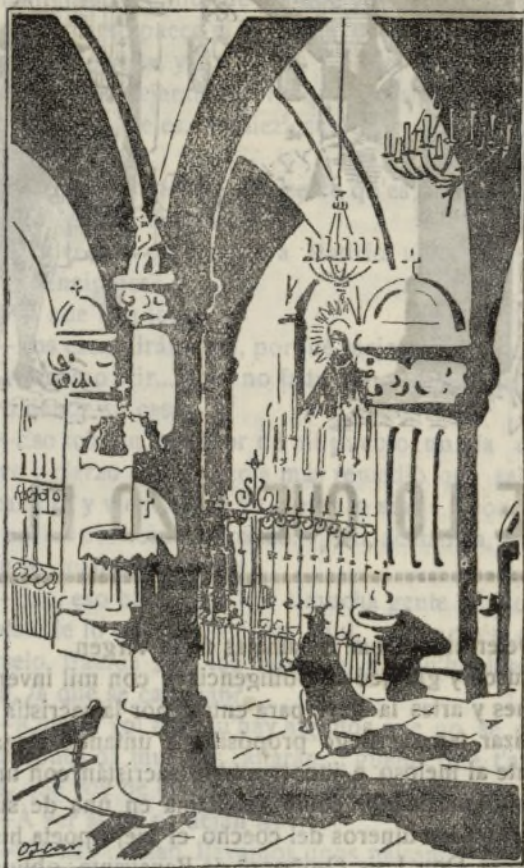
Se detuvo ante la reja de la de las Angustias. Allí había como una profunda reconcentración de inmovilidad y de reposo. Los profusos retablos se

aterciopelaban en suavidad con la sombra; las luces votivas, que ardían perennes, no alumbraban, sino que doraban con delicada refulgencia la núbil pulcritud de la virgencita, sacando repentinos reflejos al oro de las inúmeras tallas, y antojándose áureas astillas que estuvieran saltando silenciosas con interminable agilidad y desasosiego, y perdiéndose en la sombra.

La Virgen lo acogió suave y maternal entre el blando refugio de sus ojos benignos, y empujado por el ansia de hacer presa en las joyas, en que tanto y tanto se había cebado su codicia, y que llenaban todo su afán, empezó a trepar rápido por la lustrada reja; y ya en la florida ornamentación del coronamiento, al pasar sobre de él una de las piernas, resbaló súbitamente y, aunque muy en sazón se detuvo para librarse de inminente caída, no fué tan presto así, que pudiera evitar que el aguzado remate de un pináculo, se le hundiera por debajo de la barba. Desesperado, se aferró con entrambas manos a los barrotes que quedaban a la altura del pecho, haciendo esfuerzos inauditos por elevar el cuerpo, que colgaba y que, con su peso, hacía que se le hundiese más y más el puntiagudo remate, y alargaba con ansia congojosa el cuello para sacarlo de aquella mortal agudeza, y la lengua rebullía en la boca llena de sangre, se pegaba el hierro, diríase que se le abrazaba suplicante y desolada, demandándole gracia, y salía con desesperación por una y otra comisura, entre el borboteo de la sangre, que extendía su rojo temblor por encima de la lividez del labio.

Las piernas bailoteaban en el aire con férvida inquietud, buscando la seguridad de un apoyo eficaz, queriendo penetrar con desesperada avidez por entre las rejas, y enroscarse con fuerza alrededor de alguna de ellas, para aliviar con descanso la larga fatiga que padecían los brazos, que ya empezaban a flaquear por el continuo y largo esfuerzo angustioso sostenido durante luengo rato.

Las manos se aflojaban en desfallecimiento, y en aquella ansia tremenda se tornaba el rostro más y más céreo, y en su alma fulguraba un terror, adivinando la cruenta tortura de un pronto acabar. y el remate hundía buído su desgarradora agudeza, hasta rasgar el paladar, del que chorreaba abundosa la sangre, y se introducía rápidamente en él, como si fuese empujado con acuciosa presteza por una fuerza formidable. Don Rodrigo, rociado con la frialdad de trasudores de agonía, alzó la caída pesadez de los párpados, sumergiendo la enorme aflicción de su mirada en la acogedora candidez de los ojos de la Virgen, y vió que la Divina Señora bajaba lentamente las gradas del altar, y que con



suave ritmo se acercaba a él, toda armoniosa y leve, y que aquéllas, sus manos frágiles como de ingrátido cristal, floridas en ténue rosa, y que elevábanse en un truncado ademán de bendición, se le posaron con alada ternura bajo los hombros, y lo iban alzando, alzando, con maravilla de exquisited, con dulce suavidad maternal, hasta que salió toda la ensangrentada agudeza del hierro, y poniéndolo con blandura en el suelo, le restañó la sangre con la joyante seda de su faldellín versicolor, y curó las heridas con sólo pasar por ellas una mano, que llevaba entre sus sedosas tersuras, el tibio ungüento de una caricie.

Y Don Rodrigo vió asombrado que, por entre la gracia matinal de una sonrisa que floreció en la grácil rosa de los labios, brotó una recóndita voz aterciopelada, cantarina y melódica, como cascabel de plata o como el son suave y claro que levantan las cuentas de un collar, que se desgrana sobre la límpida fragilidad de un cristal.

Y oyó que la Virgen le decía, mirándole entrañablemente con la suavísima melancolía de sus ojos:

—Hijo, vete en paz. Sé bueno....

EL HOMBRE QUE HACE REIR

MONÓLOGO REPRESENTABLE

(Sale Juan, hombre feo, mal trajeado y ridículo, cuya presencia

causa risa. Primero pasea suspirando. Luego, con lágrima

mas en la voz, le dirige la palabra al público.)

JUAN.—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... Buenas noches, señores... No había reparado en ustedes... ¡Ay!... No había visto que... no había visto que... (Rompe a llorar.) Perdón, señores. Ustedes no se explicarán estas lágrimas. Yo soy el hombre más desgraciado de la tierra. (Solloza.) Y esto es mi gran tormento: que dondequiera que lo digo, todo el mundo se ríe de mí. ¿Es que tiene gracia, por ventura, que yo sea desgraciado? ¡Ay, ay, ay! (Saca un pañuelo en armonía con su pelaje.) ¿Qué? ¿Qué? ¡Ah! el pañuelo. ¿Ven ustedes? Otro cualquiera saca su pañuelo para enjugarse el llanto, e inspira lástima. Saco yo el mío, y en mis propias barbas se han reído ustedes del llanto, del pañuelo y de mí! ¡Ay! Estoy acostumbrado. Desde niño, soy el hazmerreír de la gente. Ya en la escuela me pusieron un apodo los chiquillos: *Berenjena*. *Berenjena* me llamaban todos. El mismo maestro llegó a llamármelo también. Por... (Se toca la nariz.) Yo comprendo que es una nariz desproporcionada, desaforada, horrible, si quieren ustedes; pero, ¿la elegí yo? ¿Qué culpa tengo de ella? ¡Iba yo, cuando me dí cuenta de su tamaño y fealdad, a llamar a capítulo a mi padre y a mi madre y a decirles: «Vamos a ver, ¿se hace esto con un hijo?» Ade más, hubiera sido inútil. En mi casa era yo el ceniciento. Tenía un hermanito mayor que era precioso: sonrosado, rubito como un ángel. Para él eran caricias y golosinas y juguetes: los trabajos y las malas caras para el niño feo. El niño feo era yo. Sí por cierto; era horrible. Con los años me he corregido mucho. De verdad. Harto de aquella tremenda injusticia con que me trataban mis padres, me fuí de mi casa resuelto a no volver y a ganarme la vida como pudiera. Recordé que tenía un buen amigo que era pintor, y lo primero que discurrí fué ir



a ofrecerme a él para modelo. Se está riendo todavía. Sin embargo, cuando algunos días después le obligué a que me viera desnudo, batió palmas y me copió. Con la cara vuelta, naturalmente. Miren si es desdicha: un soberbio cuerpo de gladiador, coronado por esta cara. Y donde quiera que me presento se fijan en la cara no más, se ríen de ella, y no pueden tener ni siquiera una mirada de elogio para el cuerpo de gladiador. Terrible desventura, ¿no es cierto? ¿Por qué ha de ser mi eterna compañera la risa de mis semejantes? Al decir semejantes no he querido decir que se me parezcan; Dios me libre; he nombrado como suele hacerse a mis prójimos. Y mis prójimos me ven, y se ríen, y me oyen, y se ríen, y les cuento mis amarguras, y se ríen. ¿Qué más? Me preguntan mi nombre: «¿Cómo te llamas?» «Juan, costesto yo. Me llamo Juan.» Porque me llamo Juan. Y la risa es el primer comentario. Y cualquiera de ustedes, señores míos, se llama Juan y a nadie le hace gracia. Y yo me llamo Juan y todos son a sorprenderse y a reírse: «¡Se llama Juan! ¡Se llama Juan! ¡Ay, que se llama Juan! ¡Se llama Juan!» Me llamo Juan; pero ciertamente no veo por qué ha de ser gracioso que yo me llame Juan. ¡Oh! La risa de los demás ha llegado a ofenderme y a herirme con sus agravios como una bofetada. Si yo fuera un hombre feliz, nada se me daría de ella; riéranse de mí todos en buena hora, y yo tan contento. Pero si soy una criatura desventurada, si la gracia se enamoró de mí, como dijo... como dijo...—bueno, no me acuerdo ahora de quién lo dijo—¿es posible que yo oiga con paciencia al cabo de mis años y de mis dolores que sólo el eco de la risa responde a mi voz? No, no es posible; comprendanlo ustedes. Un momento de seriedad;

compréndanlo. Y si me prometen no reír al oírme, yo les contaré, para desahogo de mi alma, por qué suspiraba y gemía y lloraba al llegar aquí. ¿Prometido? Bien. Mil gracias.

¡Ay!... Yo, señores míos, soy casado. Ahora pueden reírse; esto no deja de tener alguna gracia. Soy casado, y mi mujer es hermosísima. Sí, sí; hermosísima, muy hermosa, aunque lo duden, aunque se rían una vez más; muy hermosa. Palabra de honor. Bueno, pues... ¡Ay, Juan! No vas a tener valor para confesarlo... Mi mujer, señores...—me cuesta, me cuesta violencia la revelación—mi mujer, señores... ¡Las cosas de la vida!... (*En voz muy queda.*) Mi mujer hace siete meses que me engaña. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Es cosa de risa también que mi mujer me engañe hace siete meses? No, no por Dios; no aviven mi dolor, señores.

En mi casa, en la pobreza de mi casa humilde, había un rayo de sol que todo lo doraba, la virtud de mi esposa, y su alegría y fortaleza de espíritu para conllevar humanamente la escasez y el hambre. Y había un rayo de luna, que, con su luz suave y blanca, nos acariciaba dulcemente a mi esposa y a mí: Margarita, hija de mi alma, bella como su madre, buena como yo. No se rían ahora. Doce años há, quedé yo sin empleo, y día y noche busqué trabajo en todas partes con doloroso afán, y en parte alguna lo encontré: mi catadura inspiraba desconfianza y risa. ¡Risa! ¡La risa siempre! Un hombre que pide trabajo para llevar pan a los suyos, y causa risa. ¿Se percibe mayor desgracia? Entró en mi casa la miseria cuando más hubiera podido aterrarme; cuando Margarita se trocó de niña en mujer; y hubiéramos su madre y yo querido rodearla de todos los encantos del mundo.

Una mañana, mi mujer salió y volvió al medio día con dinero. «¿Qué es esto?», hube de preguntarle. «Que he encontrado trabajo en un taller», me respondió. «Alegrémonos todos.» La creí. ¡Era tan buena! Este hecho se repitió dos veces, tres, quince, veinte. Yo estaba ciego: yo tenía una venda en los ojos. Ayer, de improviso, se me cayó la venda, y vi con luz clara. ¡Oh! ¡Qué dolor más hondo y más cruel! (*Se seca las lágrimas.*) Margarita, la hija de mi alma, la flor cuya pureza temía yo empañar aun con mi propio aliento, se escapó de mi casa con un hombre. Por grotesca que sea la mueca con que el dolor desfigure más de lo que siempre lo está mi rostro feo, yo les pido que no se rían de mí en este instante. Pídolo, señores, a cada uno, por ese gran cariño que cada uno llevará oculto en su corazón.

Al conocer la tremenda desgracia, salí despavorido a la calle, rastreando loco las huellas de mi

hija y dispuesto a hallarla aunque fuera en las mismas entrañas del infierno y a llevarla otra vez conmigo. Un buen camarada con quien topé me detuvo con estas palabras: «¿Adónde vas, Juan? Siempre fuiste un pobre demonio. ¿Qué ha de hacer tu hija, respirando el aire que respira en tu casa? Tu mujer te lleva dinero de un taller, y ese dinero no se lo debe a su trabajo, sino a tu deshonra. Pregúntaselo al amo del taller, que la enamora mucho tiempo hace.» Y se echó a reír, y la gente que acaso pasaba también rió, y no faltó quien dijo: «¡Es Juan! ¡Si es Juan! ¡Es el hombre que hace reír!» Yo sentí un frío que me pareció el de la muerte, y una angustia que era la muerte misma; la muerte de algo que se moría dentro de mí. Empecé a andar con rumbo a mi casa, mas no como quien va impulsado por una voluntad, sino como quien va a merced de un aire siniestro. ¡Ay mi rayo de sol y mi rayo de luna...! Había observado yo que algunas veces, cuando mi esposa volvía del taller, antes de besar a la niña en la frente, con su propia mano se limpiaba fuertemente la boca como si algo le estorbara en ella para besarla. Y anoche, cuando después de la trágica revelación torné a entrar en mi casa, donde ya no estaba mi hija, hallé a su madre sola... ¡Oh!... ¡Qué espanto! La palidez de su semblante aterraba; en sus negros ojos, fijos en mí, y agrandados por el estupor, había una ráfaga de demencia; y sus manos, crispadas y convulsas, martirizaban cruelmente sus labios, queriendo arrancar de ellos lo que en ellos no había. «¡Yo fui! ¡yo fui!», gritó desesperada al verme, «¿Tú? ¿Qué fuiste tú?» «¡Yo fui! ¡yo fui!» «¿Qué fuiste tú?» «Yo fui, me dijo, la que contaminó su frente pura al besarla con mi boca manchada; yo fui la que infiltró en su casta frente pensamientos de vicio. ¡Yo fui! ¡yo fui!» Y seguía con sus manos nerviosas destrozándose y ensangrentándose aquella hermosa boca culpable. ¡Pobre pecadora! ¡La empujó el hambre a la deshonra, y enloqueció por creer que la huella y el germen de sus besos impuros llegaron a contaminar de impureza la divina frente de una niña!...

Esta es, señores, la historia triste, más triste que todas las historias del mundo, de este pobre hombre que hace siempre reír. Y como ustedes son dichosos y yo no lo soy, y en este momento no se ríen, yo me llevo el consuelo de esta atención piadosa, les dejo con su dicha... y me voy por el mundo en busca de un compañero desventurado como yo, mísero como yo, quien al oír el cuento de mis tristezas y amarguras halle en él alivio para las suyas propias y lllore conmigo. Buenas noches.

S. Y J. ÁLVAREZ QUINTERO



: PÁGINAS
MAESTRAS

EL PORTAL DEL FOTOGRAFO

Cometí la indiscreción de revelar mi secreto en la mesa de un café y delante de varios amigos.

—Yo tuve una novia—dije—incapaz de engañarme, que no faltaba a ninguna de mis citas, que me esperaba siempre y siempre me recibía placentera. Sonrisa burlona de mis amigos.

—¿Y dónde estaba esa ave fénix?—me preguntó el más impaciente de ellos.

—En el portal de una fotografía.

—¿En clase de hija de la portera?

—No; en clase de retrato.

—¿Pero te has enamorado de una fotografía?

—No; de una mujer fotografiada.

—¿Qué tamaño tiene la novia: álbum, tarjeta americana, retrato de bolsillo?

—El tamaño es lo de menos, puesto que llena todo mi corazón. ¿Queréis que os cuente la historia de este amor?

—Sí; veamos el «cliché».

—Pues bien, os lo contaré todo.

—Sé breve como una fotografía instantánea.

—A mí me atraen los portales de los fotógrafos como el escenario de la vanidad humana... Os acercáis al escaparate, miráis... echáis una ojeada general. ¡Qué cosa tan extraña: todos los retratos tienen la misma sonrisa! Es que el fotógrafo ha dicho a cada uno de sus clientes, «¡Sonríase usted!», y todos se han sonreído de la misma manera. ¿Y por qué? Pues muy sencillo, porque todos han pensado: «¡Qué guapo voy a salir!», y, ¡caramba!, la sonrisa de la estupidez humana no tiene más que una forma: la que sale en los retratos.

Pues, a pesar de esto, en los portales de los fotógrafos hay mujeres muy guapas, mejor dicho, las mujeres más guapas de cada pueblo están en los portales de los fotógrafos, y eso obedece a dos causas: Primera: ninguna mujer que no esté muy convencida de su hermosura se retrata; las de mediano

ver tienen miedo a salir peor de lo que son, y las feas abominan el retrato.

Un fotógrafo no expone nunca en su galería el retrato de una mujer fea, como un comerciante de ultramarinos no saca jamás a su mostrador un jamón averiado, aun cuando tenga lleno de jamones averiados el almacén.

El fotógrafo, al fin, es el comerciante de la vanidosa belleza humana, y pone a la vista del público su mejor surtido.

Resumiendo: a mí me atraen los portales de los fotógrafos, porque en ellos se encuentra a todos los hombres tontos y a todas las mujeres guapas de una población; y creedme, no hay viaje más agradable ni más divertido que el viaje al país de los tontos y de las hermosas.

En uno de los muchos que yo he hecho, encontré mi retrato; esto es, conocí a mi novia.

Imagináis una muchacha de diez y siete años, con el aspecto humilde y respetuoso de la jovencilla que acaba de salir de la «Pensión des demoiselles», y con los ojos llenos de dulces ensueños, entornados, como sabiendo que los miraba un hombre: el fotógrafo.

El traje, modesto; el peinado, modesto; la postura, modesta; y un hoyuelo aquí, en la barbilla, gritando alegremente como un chicuelo revoltoso y sin respecto a tanta modestia «Allá voy».

En fin, una criatura deliciosa. Me enamoré perdidamente de ella, y todas las tardes la visitaba, entablándose entre nosotros el siguiente diálogo, con temas de Ollendorff.

—¿Tiene usted el paraguas de mi tío?

No, señor; ¡pero si usted supiera qué ganas me he pasado en el colegio de tener un novio como usted!

Nuestras relaciones siguieron así tres años. Al tercero desapareció del escaparate del fotógrafo el retrato de mi colegiala; pero vino a sustituirle el de

mi mujer; quiero decir el retrato de la misma personilla; pero con tres años más y convertida en una arrogante y elegantísima joven.

Se había retratado nuevamente con un traje de baile discretamente escotado, y lo que se veía de su cuerpo dejaba adivinar curvas de infinita gracia y de inefable atracción.

No pude resistir tales encantos, y a los dos meses me casé.

—Pero ¿la buscaste?

—No.

—Entonces.

—Me casé lo mismo que la había amado, a través de un cristal.

—Y ¿ni siquiera sabes cómo se llama?

—Lo ignoro en absoluto.

—¿Quiénes fueron los testigos de tu boda?

—Un caballero santiaguista que estaba a su lado, un señor de edad con cara de banquero, colocado tres puestos más allá, ambos en efígie.

—Y ¿vas a verla todos los días?

—Todos.

—¿Estás loco?

—No lo sé.

—¡Pues yo sí!—dijo muy incomodado uno de mis amigos, que se había casado hacía un año, guardándonos a todos el secreto para no verse en el compromiso de presentarnos a su mujer—. ¡Yo sé que estás loco, y loco de remate! ¿Cómo se puede querer a una mujer expuesta a la contemplación pública? ¿No se te ocurre que las mismas deducciones respecto a las curvas de su cuerpo habrán hecho los demás? Querer a una mujer es guardarla para nuestro cariño en un hogar cerrado, es recrearse en su belleza sabiendo que nos pertenece solamente a nosotros, es tener celos del aire que respira, de la luz que llega hasta sus ojos. ¡Pero quererla como tú, en el portal de un fotógrafo, de cara al público, expuesta a todas las miradas! ¡Eso no puede ser! ¡Locura, disparate, degradación!

Y pegó un puñetazo en la mesa y se fué.

Acobardado yo, le decía humildemente:

—¡Caramba, hombre, uno no tiene la culpa...!

Pero no me debió oír. ¡Y por cierto que se fué sin pagar.

Quince días después tuve una gran alegría visitando a mi mujer: nos había nacido un chico. Allí estaba su retrato, al lado del de mi esposa. Una criaturita de unos seis meses, ¡tanto tiempo sin saberlo yo!, lo más robusta y alegre del mundo. Tenía cara de saber hablar, vamos, dos palabrejas dichas con lengüecita de trapo, y abriendo mucho la boca para pronunciarlas mejor. Nuestro hijo estaba desnudo y, francamente, sus manos podían haber

caído en cualquiera otra posición, pero no ofendían ni aun colocadas así.

Contemplábale yo con encanto, cuando mi indignado amigo del café pasó por la calle, y viéndome en el portal, entró a saludarme.

—¡Calla! ¿Es aquí—me preguntó—donde tienes esos amores románticos con una fotografía?

—Sí—le respondí—, aquí es.

—¿Y que tal?

—Deliciosamente. Hemos tenido un hijo.

—Sí, ¿eh? Enséñamela; haz una presentación en regla. Espera, voy a descubrirme; ya está. ¿Cuál es tu esposa? Ea, preséntame.

—Ésta—le dije, señalando el retrato.

Vi descomponerse sus facciones, temblar sus párpados, palidecer su rostro, y después de ver todo esto, escuché el siguiente grito:

—¡Mi mujer!

Y mi amigo desapareció, subiendo de tres en tres las escaleras del fotógrafo.

¡Ay! Al siguiente día, el retrato de «nuestra» esposa había desaparecido, reemplazándole el de un magistrado con toga y birrete.

El pobretín del niño continuaba a su lado, todo medrosillo de verse tan cerca de la justicia, sin saber qué hacer de aquellas manos pecadoras, que, a decir verdad, podían haber caído en cualquiera otra posición más respetuosa para la magistratura.

Pero es lo que decía el angelín mirando al leguleyo: ¡Yo no tengo la culpa!

JOSÉ ROURE





EL PRIMER REY DE EGIPTO



El 15 de Marzo del año pasado, marca una fecha importante en la historia de Inglaterra. En ella se acordó la independencia de Egipto, cumpliéndose así la política que impone la fuerza de los hechos, y que tiene su expresión en la autonomía concedida a Irlanda y en la participación de los dominios en los consejos del imperio británico.

El acuerdo fué adoptado por 202 votos contra 70, en la Cámara de los Comunes.

La noticia telegrafiada, produjo en el Cairo una impresión considerable. Aquel mismo día, publicó el sultán un rescripto, declarando que el Egipto era ya un estado independiente y soberano, y que en adelante sería él rey, con el nombre de Fuad I.^o

De este modo terminaba un pleito político de ocho años fecha.

Cuando en Octubre de 1914 entró Turquía en la gran guerra al lado de los imperios centrales, Egipto, si bien ocupado por los ingleses, se hallaba bajo la soberanía turca nominalmente.

Inglaterra se apresuró a manumitir esa soberanía, declarando el territorio bajo su protectorado; esto es, dió carácter de derecho a lo que de hecho existía desde 1883.

Al mismo tiempo, el Kedive Abbas Hilmi, comprometido por sus intrigas germanófilas, fué reemplazado por el príncipe Hussein, hijo primogénito del antiguo kedive Ismail, dándole el título de sultán. El 18 de Octubre de 1918, le sucedió en el trono y título su hermano Fuad.

Desde el armisticio y sobre todo desde la Conferencia de la paz, Inglaterra se verá constreñida a conceder a Egipto una completa autonomía, dando fin a su protectorado y cediendo a las reivindicaciones del país.

Las negociaciones entabladas al efecto fueron muy laboriosas; rotas y recomenzadas más de una vez. Se formaron dos partidos en Egipto: uno, el de los moderados, dispuestos a aceptar un régimen mitigado, y otro el de los intransigentes. Estos, confiados en el sistema de fuerza fo-

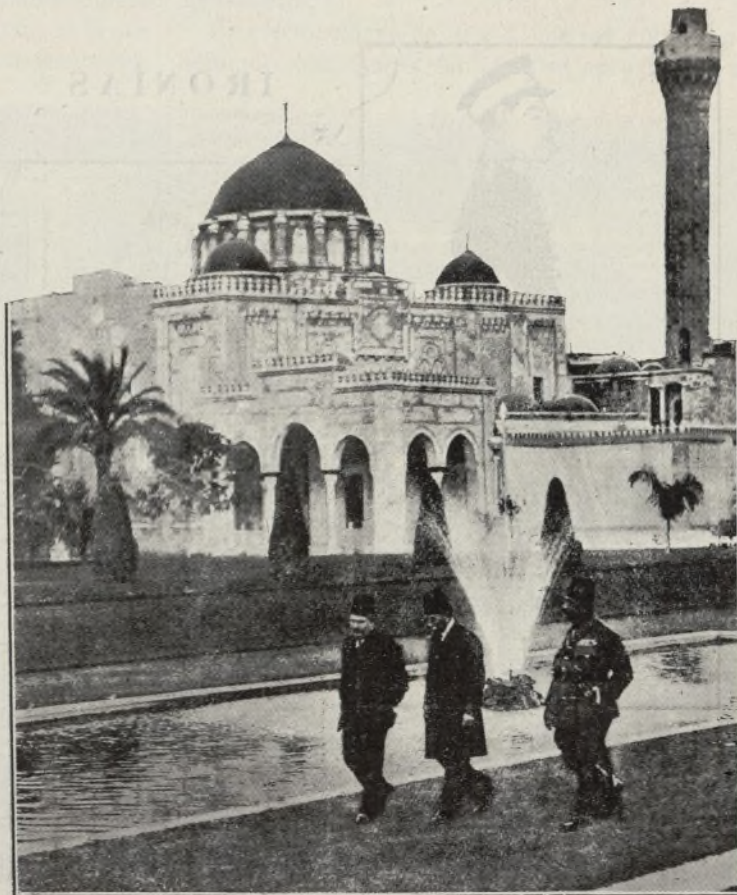
mentaban turbulencias que a veces tomaron caracteres de gravedad, como en Marzo de 1919.

Las tropas británicas de ocupación las sofocaban enérgicamente, mientras en Inglaterra, los adversarios de la independencia egipcia se apoyaban en esos trastornos para impedir toda política conciliadora. Aun hoy, no se dan por vencidos.

Cuando se publicó el citado rescripto de independencia les dió ocasión para fomentar disturbios en el Cairo, en Alejandría y en otras ciudades.

Entonces el jefe Zaghloul pachá fué detenido y desterrado.

La independencia de Egipto, acordada y establecida oficialmente, no deja de ser bastante relativa; pues vive subordinado a la conclusión de una alianza con Inglaterra, que conservará la alta dirección en el valle del Nilo, continuando la protección res-



Esta curiosa fotografía nos muestra paseando por los jardines de su palacio a Fuad I, proclamado rey con la independencia oficial de Egipto, siendo primer monarca que tiene el país del Nilo.

pecto de cualquier agresión exterior, así como conserva su control en el canal de Suez.

No queda apenas a Egipto, sino el derecho de acreditar sus representantes diplomáticos cerca de los gobiernos extranjeros, y el de formar parte de la Sociedad de las Naciones.

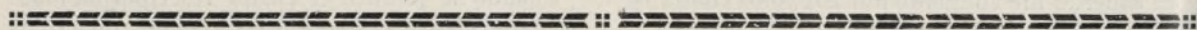
El título de Alto Comisario que ostentaba el mariscal Allenby, ha sido cambiado por el de *Mandub es zami* que viene a significar Muy Alto Delegado.

La proclamación de la independencia se realizó con gran pompa y demostraciones públicas. El mariscal Allenby fué desde el primer día a Palacio

a visitar al rey dándole el tratamiento de Majestad.

Fuad 1.º rodeado de sus ministros fué a la mezquita de Mohamed Ali a celebrar solemnes acciones de gracias y después pasó revista a sus tropas.

El rey tiene 53 años de edad; es un espíritu esclarecido; hizo sus estudios en la Academia militar de Turín, siempre ha demostrado un gusto excelente por las ciencias y por las artes. Es un viajero culto y un bibliófilo. Ha fundado la Universidad Egipcia y el Instituto fisiológico; debiéndose a él la reorganización de la Sociedad egipcia de Geografía, y es de esperar que bajo su reinado prospere el país.



Segundo López.

Alférez de la segunda sección de la segunda del segundo.

El Comandante mayor.

El cabo Pérez.

Guía derecho de la tercera del primero.



Las grandes centrales eléctricas

En París, como en Madrid y como en otras grandes ciudades, las diversas compañías explotadoras y productoras de electricidad, se fundieron en una sola entidad mediante un acuerdo que data de 1907. Más tarde, en 1919 se constituyó una sociedad que controló con el municipio parisién el alumbrado público hasta 1940.

Disponía la sociedad de diversas centrales o fábricas que producían muchos miles de kilovatios; pero la dirección pensó que la producción sería más barata si se pudiera contar con una sola supercentral productora, y se lanzó a construir, la más grande del mundo, sin duda; la que existe en Germevilliers que produce 200.000 kilovatios. Grandes dificultades surgieron en los primeros momentos; pero era preciso vencerlos, ya que las condiciones económicas que presentaba, lo imponían. El precio de producción en una gran fábrica de 100.000 kilovatios; es cuatro veces menor que el de una fábrica pequeña de 10.000; el consumo de carbón, es la mitad, y los gastos de explotación seis veces menores. Esta fábrica envía energía hasta 60 kilómetros de distancia.

La primera gran dificultad que se presentó, fué la del emplazamiento; pues tratándose de una fábrica a vapor, de tal naturaleza y de tan gigantescas proporciones, el gasto de carbón y de agua sería tanto, que parecía estar indicado montarla precisamente en plena cuenca minera carbonífera, enviando desde ella la energía a París.

Diversas razones se opusieron a realizarlo así, y hubo que pensar en la instalación inmediata a la capital, estableciendo una gran red transmisora que pudiera extenderse a la mayor parte de Francia, a trueque del arrastre de carbón, cuyo consumo es de 1.500 a 2.000 toneladas diarias, lo que supone seis o siete trenes y una extensión considerable para depósito.

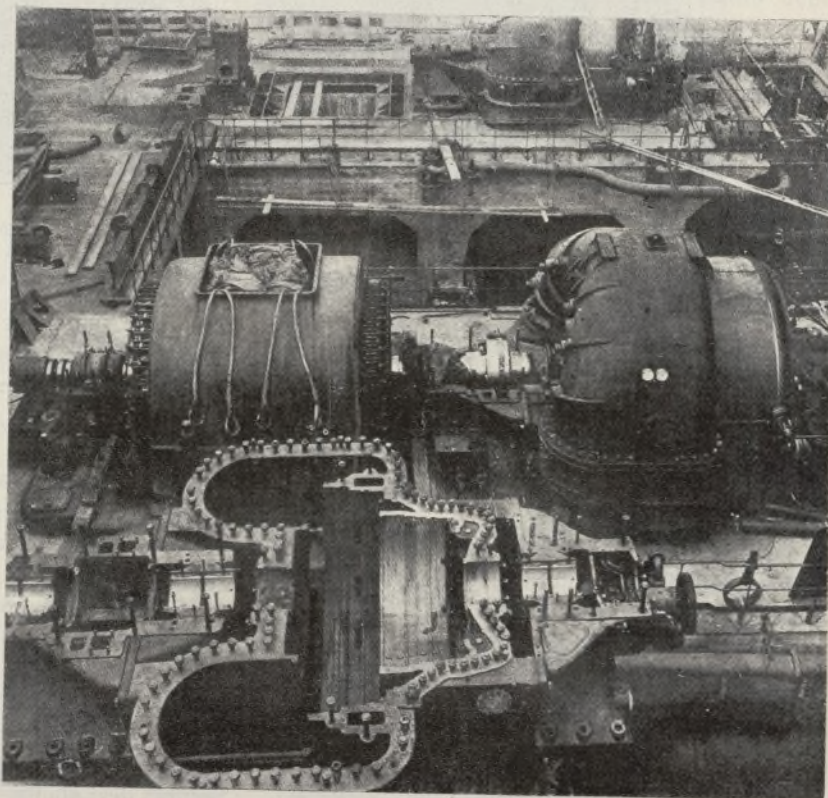
Había, por lo tanto, necesidad de situarse próximamen-

te al ferrocarril o a una vía fluvial convenientes, dotando al establecimiento de los medios más poderosos y de los procedimientos más perfeccionados para asegurar el abaratamiento. También el gasto de agua requirió la proximidad de un río caudaloso.

El público en general, acaso crea que una central eléctrica térmica no consume más que carbón. Pues tratándose de una fábrica poderosa, necesita grandes cantidades de agua, no para alimentar sus calderas, sino para enfriar sus condensadores, órganos indispensables para el buen rendimiento de las turbinas de vapor.

Para asegurar una buena condensación son necesarios 100 litros de agua fría por kilogramo de vapor condensado, lo que implica realmente que en la supercentral de que nos ocupamos hay que hacer pasar un verdadero río a través de sus condensadores.

En efecto, exigen de 10 a 12 metros cúbicos por segundo, que viene a ser la mitad aproximada del



Los grandes dinamos de la gran central tienen dimensiones colosales, de los que puede tener idea el lector por el presente grabado. En primer término, vese la armadura de un dinamo dispuesto para recibir el enorme carrete.

caudal del Sena en el estiaje, que está calculado en 22 m³.

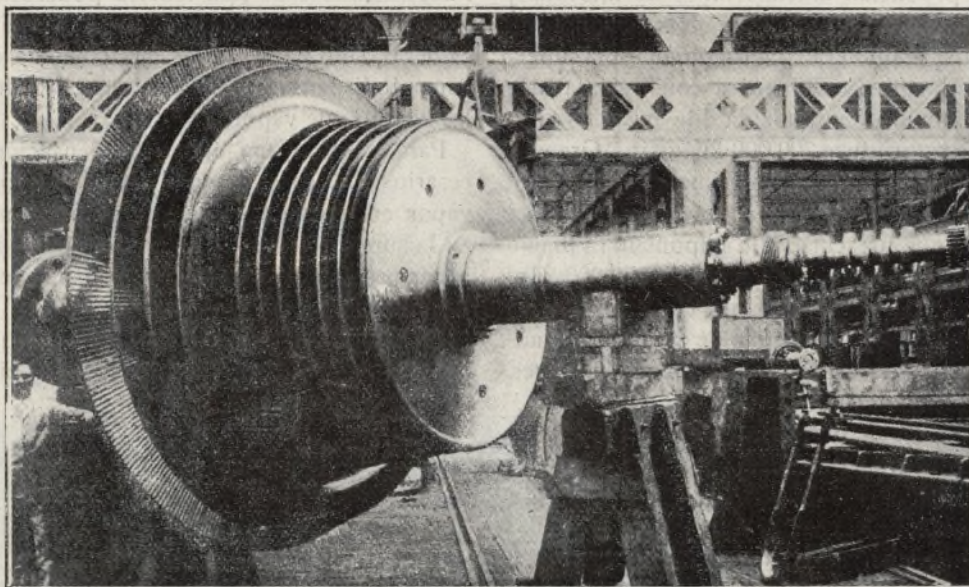
Por todas estas razones, se construyó la supercentral sobre un terreno de 11 hectáreas, donde cruza el camino de hierro de París a Roneu al Sena, sobre la ribera izquierda de este y en el mismo ángulo de confluencia de ambas vías que son límites del establecimiento, a unos seis kilómetros de la cintura de fortificaciones de la capital francesa.

Hay, entre otras, tres inmensas estancias contiguas, de armazón metálica, las de los hornos, la de máquinas y la de los cuadros de distribución.

presión, que corresponde a la ebullición del agua a 223°.

Hasta hace muy pocos años, no podía pasarse de 16 o 17 kilogramos y ahora se avanza tanto, que en una central inglesa se llega a los 32, y sigue estudiándose el modo de alcanzar mayores presiones.

En la sala de máquinas hay instalados cinco grupos de *turboalternadores* de 40.000 kilovatios cada uno. Aun caben otros tres, pudiendo elevarse la potencia de la supercentral a 320.000. Las turbinas son de tipo de acción múltiple, reciben el vapor a 25 kilogramos a 375 grados, condiciones insupera-



Los ejes de la maquinaria de la Central de Greenvillers parece pertenecer a mecanismos de un mundo de gigantes.

Para el servicio del combustible, hay dos puentes giratorios de 50 metros con una grúa cada uno que, se emplea para elevar el carbón de los barcos que lo llevan por el río y almacenarlo en el depósito que está a lo largo del río. Tolvas móviles, elevadas mecánicamente, surten los depósitos particulares de las hogares de las calderas.

Estas combinaciones del gigantesco mecanismo, suministran 200 toneladas de combustible por hora. Las escorias son evacuadas por la vía férrea.

La galería de las calderas mide 86 metros por 51 alineándose 5, sistema Stirling y 10 Babcock-Wilcox, adosadas estas dos a dos; así se aprovechan todas las clases de carbón.

Las Stirling vaporizan 60.000 kgs. de vapor por hora cada una, y el par de las de Babcock 80.000.

Estas calderas, además de sus dimensiones extraordinarias, están calculadas a 25 kilogramos de

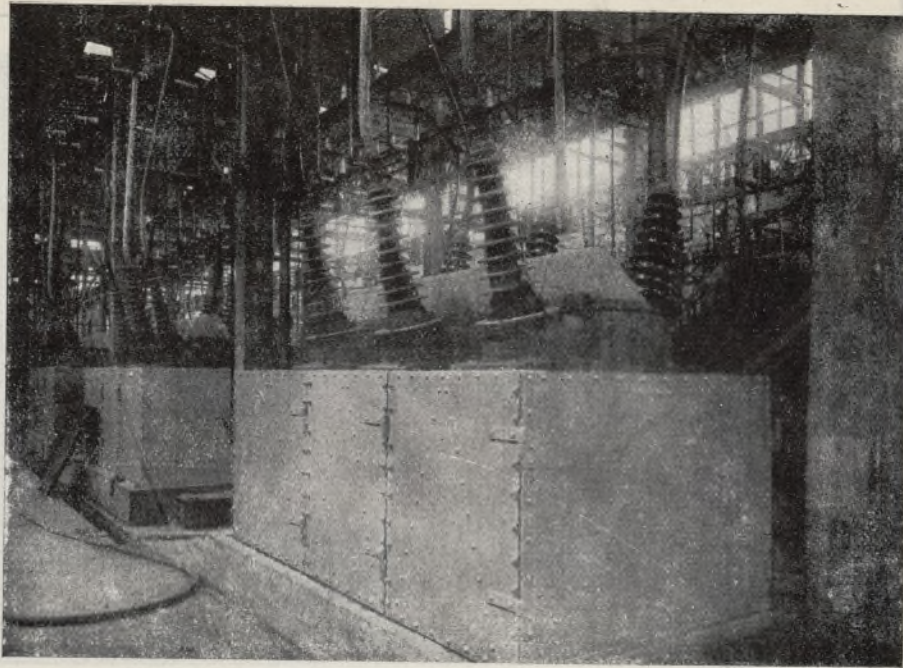
bles a la velocidad normal de 1.500 revoluciones.

El agua de las calderas pasa en estado de vapor a las turbinas, y después de accionarlas utilizándose su energía va al condensador volviendo al estado líquido. Desde ahí y después de calentarla de nuevo, se conduce a las calderas.

El ideal es, que el agua al volver a la caldera, lleve una temperatura lo más próxima posible al límite de ebullición de la resistencia de ella.

Pónese en un condensador auxiliar previamente colocado en uno de los grados de la turbina, a 80°; luego se eleva a los 100° aprovechando el vapor que escapa de las bombas de diversos motores de socorro y se condensa a la presión atmosférica. Pasa entonces a los desgaseadores Ketsner, que la despojan de oxígeno disuelto, agente de destrucción temible para las calderas y aletas de las turbinas, enseguida se envía mediante bombas a

los economizadores de acero, establecidos debajo de cada caldera, calentados por el gas de la combustión al salir de los hornos. De estos economizadores sale el agua a 160° para entrar en la caldera. Ya no falta más que vaporizarla utilizando el calor de la combustión del hogar. Pero este vapor no es por entero absorbido para la vaporización, queda una buena parte en el gas quemado que tiende a salir por la chimenea. Estos gases que alcanzan al pronto los 340°, pasan inmediatamente a los eco-



He aquí una vista de los portentosos transformadores, capaces de lanzar corrientes de millones de voltios.

nomizadores, perdiendo temperatura y quedando en 220°; al recalentar el aire descienden mucho, escapando por la chimenea unos 150°.

Por otra parte, el aire lanzado hacia la rejilla sin fin de cada hogar, alcanza los 90° y una larga experiencia ha demostrado que el previo calentamiento de aire comprimido, produce una gran economía de combustible.

Para realizar el ciclo descrito y economizar considerable cantidad de trabajo y de combustible, son precisos elementos múltiples y enormes. Los condensadores, condensan 160.000 kilogramos de vapor por hora. Son grandes cilindros de palastro, de 11 metros de longitud y 4 de diámetro, que llevan 7.500 tubos de latón, atravesándoles una ala de agua de más de un metro cúbico y medio por segundo.

Los turboalternadores, suministran la energía

eléctrica a 6.000 voltios, que es demasiado débil para la distribución; pero los transformadores la elevan a 60.000. Cada transformador está unido a su alternador; y los alternadores no están ligados entre sí, mas que por los circuitos de alta tensión de los transformadores, enganchados al efecto a barras ómnibus a 60.000 voltios. Este método se generaliza hoy a todas las grandes centrales.

La corriente producida en la supercentral de que hablamos, es distribuida a 60.000 voltios 50 períodos, a las subestaciones de la Compañía por medio de cables unipolares agrupados a tres, para constituir arterias trifásicas. Esta red subterránea que circunda a París, alcanza 125 kilómetros de longitud, y es completada por líneas aéreas dobles a 60.000 voltios, sostenidas por postes de cemento armado y torrecillas metálicas. Alcanzan las líneas aéreas los 250 kilómetros.





El Justicia, ajusticiado

Como consecuencia de los sucesos que tuvieron como origen la fuga de Antonio Pérez y su acogimiento a los fueros de Aragón que le dieron libertad y vida, Felipe II decidió mostrar a Zaragoza el poder de su soberanía ajusticiando al Justicia.

Ocupaba este cargo D. Juan de La-Nuza que apenas hacía tres meses que se había posesionado de él. Como el 20 de Diciembre de 1591, cuando al tiempo de salir el Justicia del palacio de la diputación para dirigirse a la contigua Iglesia de San Juan, para oír misa de doce según tenía por costumbre, llegaron a él con poca ceremonia un oficial viejo de rostro curtido, y poblados mostachos, llamado D. Juan de Velasco, alcaide de Almuñecar, que hacía largo rato que estaba por allí viendo unas estampas que vendían en el patio.

—¿Qué se os ofrece? le preguntó el justicia que se encaraba con él.

—Que os déis a prisión en nombre del rey.

—¿Sabéis, repuso La-Nuza, que a mí no me puede prender más que el rey en las Cortes?

—El rey lo manda, respondió Velasco, y haciendo una seña a los soldados que tenía escondidos en el cuerpo de guardia vecino, junto al palacio de la diputación, salieron con sus arcabuces preparados, y rodearon al justicia.

—¿Qué hacemos, dijo La-Nuza volviéndose a dos

lugartenientes que iban con él: ¿pues qué puedo yo ser preso?

—Todo lo puede el rey, dijo uno de los lugartenientes, visiblemente turbado al ver aquella tropelía.

Todo lo puede la fuerza, contestó La-Nuza desarmado con tal respuesta, y entonces los soldados cogiéndole en medio como a un facineroso le sacaron por la puerta del Angel, y le condujeron por fuera de la ciudad a la casa donde estaba alojado D. Francisco Vargas.

Pasmóse toda la ciudad a vista de tan feo desacato, y sucedió al temor el despecho al ver tan hollados los fueros, que prohibían el que aun en caso de desafuero se atentase contra la sagrada persona del justicia; y los hombres prácticos recordaban con dolor el trágico fin del justicia D. Martín Díez Aux, por cuyo suceso entrara este empleo en la casa de La-Nuza.

Muy en breve circuló la voz de que el justicia no era el único preso. En efecto habiendo acudido el duque de Villahermosa a casa de D. Alonso de Vargas a interceder por un oficial del ejército que iban a castigar, se llegó a él D. Agustín Mexía mae-se de campo de un tercio veterano y le intimó su prisión. «Me alegro, dijo el duque sin inmutarse, con eso sabrá el rey los muchos servicios que me debe». Poco rato después entró D. Francisco Boba-

dilla que traía igualmente preso al conde Aranda. Entráronlos en diferentes coches, y escoltados por un grueso destacamento salieron aquella noche para Burgos (1).

Para ejecutarle sacaron al justicia de casa de don Alonso y le llevaron a la de D. Francisco Bobadilla donde a poco rato de haber llegado le notificaron que se preparase para morir al día siguiente. En seguida entró su confesor que era el P. Ibáñez de la compañía de Jesús. «Que os parece, padre mío, le dijo La-Nuza abrazándole, me van a asesinar por haber cumplido con mi obligación, y me condenan sin juzgarme, cual no se hace ni con un facineroso». Entonces el religioso trató de suministrarle los consuelos que en tal caso presta la religión, recordándole que era cristiano aragonés y caballero. Pero La-Nuza apenas le escuchaba y repetía frecuentemente: «¡Morir tan joven!»

Mientras esto sucedía en el alojamiento de don Francisco Bobadilla, el resto de Zaragoza ofrecía el aspecto de una ciudad próxima a ser invadida. La artillería que estaba en el Coso fué repartida por toda la ciudad, apuntando a los edificios más notables y enfilando las calles principales.

Todas las avenidas del mercado y del alojamiento de Vargas estaban cubiertas de tropas, y en las puertas de la ciudad había compañías de soldados para su custodia. Ningún paisano transitaba por las calles, cuyo monótono silencio tan solo era interrumpido por los pasos de las patrullas, y los tristes mugidos del viento que uniéndose con el murmullo que formaban las olas desiguales del Ebro azotando sus barbacanas, parecían un lamento lúgubre y siniestro con que la naturaleza quería acompañar la dolorosa aflicción de la ciudad augusta.

A la mañana siguiente le sacaron poco después de amanecer en un coche, ¡y con grillos!! Acompañábanle el Padre Ibáñez y su compañero, y los padres Agustinos Fr. Jerónimo Aldovera y Fr. Pedro Leonardo de Argensola. Delante del coche y a bastante distancia iba un pregonero gritando que el rey le mandaba cortar la cabeza, confiscar sus bienes, y arrasar sus castillos por haber convocado el reino y alzado bandera contra su real ejército: al llegar al mercado y cerca ya al patíbulo oyó decir la palabra traidor: volvióse al que lo había dicho, y contestó con gravedad: traidor no, mal aconsejado

sí. Con paso firme y rostro sereno subió al cadalso que se había levantado en la plaza del mercado no lejos de los balcones de su casa. Su juventud, su amable presencia, y su estatura gallarda aunque no muy alta enterneían los corazones hasta de sus mismos enemigos.

El infeliz llevaba entonces por sí mismo, el luto que tres meses antes se pusiera por su padre, y se había despojado del cuello de la camisa antes de salir de la prisión.

Abrazó tiernamente a los religiosos que le habían acompañado, y levantando al cielo sus ojos se puso en manos del verdugo. Durante los preparativos dirigió a la Virgen aquella tierna plegaria que principia *Maria Mater Gratiae* y al concluir el último versículo *mortus hora suscipe* el hacha terrible vino a poner fin de su existencia. Acercóse en seguida el verdugo y se puso a quitarle las medias de seda que llevaba, viendo lo cual el capitán que custodiaba el cadalso, le sacudió un bastonazo en las espaldas prohibiéndole tocar ni un hilo de su ropa.

Ningún aragonés quiso presenciar tan ilegal ejecución, ni hubiera podido pues estaban intercepta-



Monumento a D. Juan La-Nuza, en Zaragoza.

(1) Poco tiempo después murieron ambos, el duque en el castillo de Burgos y el conde en el de Coca: asegúrese que habían fallecido de muerte natural, pero fueron pocos los que lo creyeron.

Por supuesto después de muertos se los declaró inocentes.

das todas las bocas calles. En aquel día fatal todo era fúnebre en Zaragoza. Desiertas las calles, cerradas las casas, pálidos y fieros los rostros de los habitantes, melancólicos y abatidos los de los soldados. Hasta el cielo mismo encapotado con oscuros nubarrones parecía contribuir a la tristeza general, y tender un tupido velo sobre aquel horrible espectáculo de venganza y dolor. «Fué el sentimiento tan general, dice el padre Murillo, testigo de vista, y tan universal la melancolía y tristeza, como si en uno solo hubieran cortado la cabeza a todos, y ayudó harto a este sentimiento el haber hecho un día tan nebuloso y tan triste que parece que el cielo ayudaba a la misma tristeza». «Noté que no solo en los moradores de la ciudad sino también en los mismos soldados y capitanes había una tan profunda melancolía como si a cada uno se le hubiera muerto su hermano».

»Todos confesaban que se les habían apretado los
»corazones en la muerte de aquel caballero.»

Luego que fué decapitado La-Nuza mudóse enteramente la escena. Hasta entonces todo había sido ultrajes, pero después de muerto se le principiaron a prodigar los honores debidos a su alta dignidad. ¡Política infernal! ultrajar al hombre y acatar el cadáver.

Hiciéronle un funeral magnífico, y su cadáver puesto en unas suntuosas andas, con la cabeza entre las manos fué conducido en hombros por don Francisco Bobadilla conde de Puñoenrrostro, el conde Oñate, D. Agustín Mexía, D. Luis de Toledo D. Antonio Manrique, D. García Bravo y otros varios comandantes y caballeros distinguidos. Fué enterrado en el convento de San Francisco donde estaba el panteón de su familia, y a donde tres meses antes le había precedido su padre.

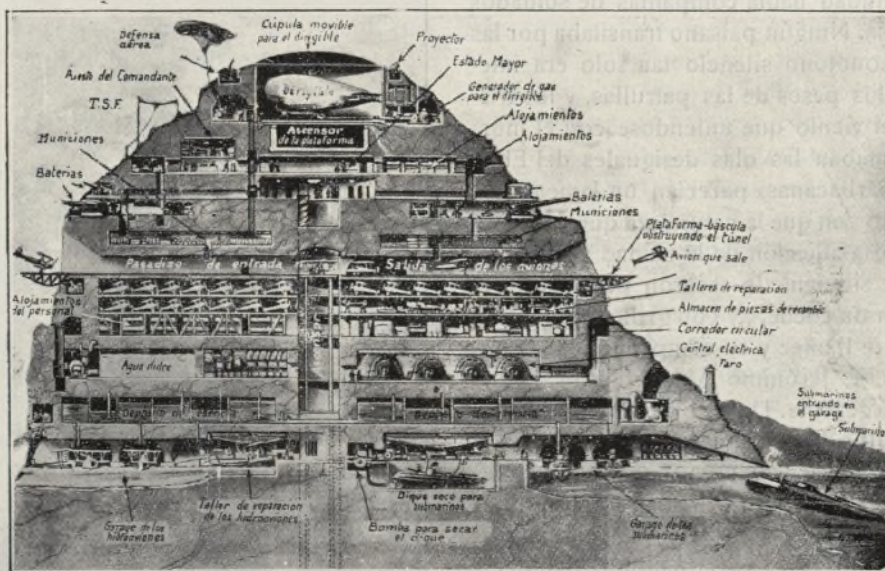
El Peñón de Gibraltar base de aeroplanos

¿El pacifismo tiende al establecimiento de un régimen de fraternidad universal?

Esta es la corriente moderna que después de la gran guerra se impusieron las naciones y con ella

reciente proyecto, piensa hacer de él la principal base de sus futuras escuadras del aire.

Minado completamente, aprovechado en sabia distribución su interior, se nos muestra como po-



Proyecto del almirantazgo inglés para convertir el Peñón de Gibraltar en base de aeroplanos y dirigibles. El grabado muestra los detalles interesantes de los trabajos que se piensan hacer en la roca de Gibraltar.

la teoría del desarme como medio de conseguirlo.

La reducción de los armamentos era el punto de partida para evitar el fermento de nuevas guerras.

Y he aquí por donde Inglaterra se prepara a sostener dichos principios. Por el curioso grabado adjunto podemos aprender la anatomía del Peñón de Gibraltar, tal como el almirantazgo inglés, en

tente artefacto de guerra, nido de la aviación y refugio de submarinos de la flota inglesa.

Desarmada Alemania, Inglaterra parece sostener y confirmar la doctrina del príncipe Bulow y de Klaus Waquer que sostenían que la guerra era una cosa que no podía dejar de considerarse y que reportaba un bien.



EL EMPERADOR DE ANNAM



El emperador de Annam, Khai-Dhin, conserva en su corte todas las antiguas costumbres y el ceremonial empleado por sus antecesores, desde muchos siglos ha.

Puede considerarse que en Hué, la capital, se han refugiado las tradiciones asiáticas, después de haberse ido modernizando el Japón y de convertirse la China en república.

Khai-Dhin, tiene poco más de treinta años, de buena estatura, esbelto y elegante; de tez mate, rostro oblongo y ojos enigmáticos.

Tiene temperamento indolente y al mismo tiempo de artista. Viaja mucho, es muy aficionado a las costumbres occidentales, y muy amable y obsequioso con los europeos que visitan su país. Naturalmente, lo es mucho más con los franceses, que son los verdaderos dominadores.

A la sombra de la Corte, viven cerca de seis mil príncipes y princesas descendientes de todas las dinastías que han reinado en Annam.

Posee tres mujeres legítimas, además de un numeroso haren. De aquéllas, una lleva el título de reina en ejercicio, siendo las otras dos también reinas, aunque de menos categoría. El príncipe heredero, que tiene doce años de edad, es hijo de la primera.

La lista civil, es de unos quince millones de francos.

El emperador es pródigo en conceder honores a los europeos, sin duda porque ha conocido que la civilización no es incompatible con la vanidad humana.

Además de las condecoraciones que ya existían, ha creado otras dos, de las que regala él mismo las insignias cuando las concede.

Es una, el *Khim-Khanh*, que consiste en una plaquita de oro rodeada de perlas. Es para hombres. El *Khim-boi*, es orden exclusiva para mujeres virtuosas, y cuya insignia es un colgante triangular, primorosamente labrado, que sienta a maravilla en una tersa y joven garganta.

A los extranjeros de alta calidad, los condecora, les concede títulos y cartas de nobleza, y los honra sentándolos a su mesa, espléndidamente servida siempre, y dirigida por maitre-hotel europeo.

Si en Hué se exceptúa una calle tris-tona de tiendas y algunos almacenes a la europea, toda la capital es el palacio imperial.

Tiene este inmenso palacio, puentes levadizos, fosos, está mantelado por los flancos; rodeado de una cintura de torres, de rampas y de caminos de ronda, acusando un completo aspecto de ciudadela.

Detrás, sus glavis donde rebulle la ciudad indígena, el cuerpo de guardia, las pagodas, las tumbas de los príncipes, los harenes; los puestecillos de ventas ambulantes, talucos, el tesoro real, zaquizamies construídos de tapiales de tierra y cubiertos con paja; y en fin todo el pueblo.

La recepción de un alto personaje extranjero, en palacio, es un espectáculo tan brillante y fastuoso como arcáico.

Para pasar la segunda cintura, hay un pórtico dividido en tres partes: el de la derecha, destinado a la muchedumbre, al pueblo; el de la izquierda, al cortejo oficial, y el central, está reservado al emperador y a su visitante.

Preséntase el soberano en lujoso palanquín, servido por ocho vigorosos pajes, se apea y hace las



El Imperio de Annam, refugio de todas las tradiciones y munificencias asiáticas, está regido por un emperador joven, inteligente y artista, que conserva en su corte las antiguas costumbres y ceremonial empleado por sus antecesores. En este grabado se nos muestra despachando con su primer ministro, en su despacho decorado de maravillosas lacas y refinados objetos de arte.

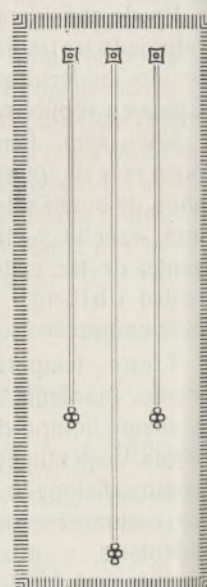
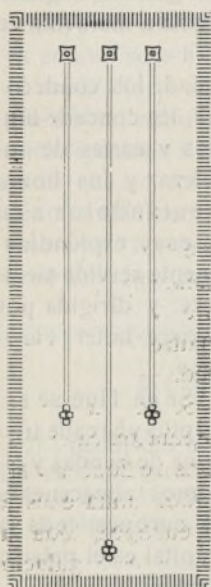
tres reverencias de bienvenida al huesped, a quien S. M. honra con su acogida.

Viste túnica de brocado, amarilla, en la que resaltan, en sedas de vivos colores, el dragón llameante y los caracteres estilizados que simbolizan la dicha, la gloria de las armas y la longevidad.

Cíñese con un cinturón de broche, de zafiro, y se toca con un turbante de tres aros, color limón, que

ornamentan, y que causan un efecto raro con sus pupilas de carbunclo.

Ha de ser una persona excelsa, para que se le hagan tales honores y, siempre, el emperador le ofrece algún rico regalo, proveniente de su tesoro. Al efecto, cuando llegan al salón del trono, donde hay un sillón, casi a la misma altura, para el visitante, se dirige la comitiva, lenta y ceremoniosa-



Khai-Dhin como los monarca europeos, es gran aficionado a la caza, a la cual se dedica en los ocios de su alto cargo.

deja ver, en lo alto de sus trenzas rizadas, órdenes diamantinas y cruz de brillantes.

Le siguen, el príncipe heredero, con túnica de mandarín, y seis ministros del gobierno. Marchan hasta las gradas del salón del trono, entre dos filas de flameantes estandartes blasonados con monstruos.

A lo largo de la escalera, forman una brillante guardia, los altos dignatarios, que se inclinan respetuosos al paso de la Majestad. Están cubiertos con bonetes de ceremonia, cuadrados por abajo y redondos por arriba; esto es, al contrario que los que vemos por aquí.

Estos personajes, alternan en la guardia de la escalera, con los fantásticos grifos de piedra que la

mente, a una mesa en la que se ha depositado el obsequio, que el propio soberano toma y entrega.

Pero antes se destaca un mandarín, y lee en alta voz el decreto, disponiendo el regalo y ensalzando con literatura florida, las cualidades del huesped. Al serle entregado, doblan todos la rodilla, incluso el emperador.

También, y como gracia suprema, suele conducirle de la mano ante el altar de sus antepasados, en el que, constantemente, arden maderas olorosas en primorosos pebeteros.

La salida se hace con el mismo ceremonial, volviendo el soberano a recorrer la distancia hasta el gran pórtico, despidiendo la visita donde mismo la recibió.



EL PESO DE UN PUÑETAZO

La fuerza de un golpe

La expresión matemática que dice que un hombre ha recibido en la mandíbula un golpe de 1.500 kilos de peso, no es lo que en nuestra imaginación se representa; en esta noción, actúa la duración de la aplicación del golpe. La cinematografía demuestra, que la velocidad con que los campeones de boxeo lanzan sus golpes, oscila entre 4 y 10 metros por segundo; pero el choque no dura más que una fracción mínima.

La masa, es *apoyada* en el punto de contacto, pero durante un tiempo que, probablemente, no alcanza la tricentésima parte de un segundo.

Por varias razones, la fórmula mecánica

$$F = \frac{MV^2}{2}$$

es inaplicable al examen del mecanismo fisiológico del puñetazo.

El boxeador no utiliza solamente en sus golpes la proyección del miembro superior y del puño; pues para dar un golpe poderoso, se sirve de los músculos del hombro, de los que llegan al torax, del músculo principal del brazo, que es el *triceps*,

cia, proyectan todo el cuerpo al dar su golpe, y a veces, hasta se levantan del suelo momentáneamente, y por lo tanto, su peso total interviene.

Para tener la fuerza viva de un puñetazo, se multiplica la masa del puño y antebrazo (dividido por la constante 9'88) por el cuadrado de la velocidad que le anima, obteniéndose así una cifra que llega hasta los 600 kilogramos, y que la experiencia ha mostrado demasiado pequeña aún.

Mecanismo de los golpes de cerca

A corta distancia, falta espacio para proyectar el brazo y el cuerpo sobre el adversario. Entonces se apela a la rotación de los hombros, echando atrás el correspondiente al brazo con que se va a pegar, y trayéndolo velozmente adelante, o sea girando una semicircunferencia, ayudando a la vez con flexiones de piernas, para procurar en lo posible, la intervención de casi todo el cuerpo. Al girar los hombros, prodúcese un movimiento de báscula en los mismos, que da lugar, en caso preciso, a poder prescindir de proyectar el antebrazo.

En ese momento, en la fórmula expresada antes, *M* no ha aumentado el valor del peso; del brazo y antebrazo, que es poco más o menos 3 kilogramos; pero el del tronco, es según la talla y la musculatura; está entre 30 y 50 kilos.

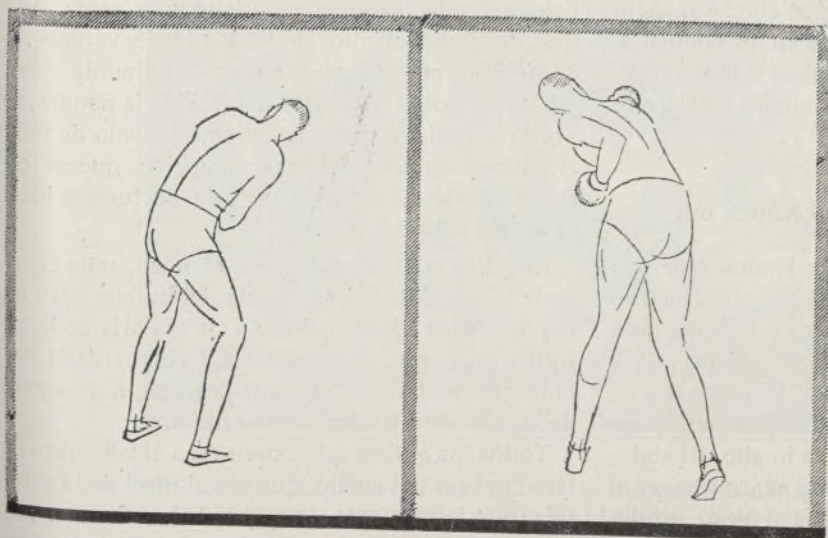
¿Cómo puede resistir el cuerpo?

Parece imposible que el cráneo y las costillas humanas, resistan esos formidables golpes, si bien los campeones del boxeo, suelen sufrir fracturas de las manos, las costillas y a veces hasta del antebrazo.

Los cuerpos duros, gozan de una elasticidad muscular sorprendente. Una sencilla experiencia lo demuestra.

Se deja caer una pelota grande de una materia dura o una bola de billar, desde

una altura de tres o cuatro metros, sobre suelo de piedra recubierto por una ténue capa de negro humo. Se ve la bola rebotar como si fuese de caucho,



Primer tiempo.—Punto de partida de un golpe, en que se ha de aprovechar el peso del cuerpo.

Segundo tiempo.—Golpe y su llegada, dado con todo el peso del cuerpo.

y, sobre todo, de la acción de los rotativos y de los de miembros inferiores.

Los boxeadores, en los golpes largos o a distan-

La marca impresa por el negro de humo en la superficie, no es como pudiera creerse, un simple punto, sino una mancha extensa, que llega en las bolas de marfil casi hasta el cenador. Las de caucho macizas, en iguales circunstancias, toman una mancha acaso menor.

La elasticidad molecular, en algunos cuerpos aparentemente duros, es muy considerable, según se ve, y en una pequeña fracción de segundo, experimentan un aplastamiento idéntico al que se le produciría a un cuerpo blando, por ejemplo: a un higo.

El puño, el rostro, las costillas, son, naturalmente, menos duras y más deformables en los choques. La deformación ósea de los metacarpios, los curva como arcos y es vencida sin resistencia tanto más fácilmente, que a menudo esos huesos han sido fracturados varias veces y reparados en forma más o menos defectuosa.

Esta deformación elástica, y el hábito reflejo de ceder a los golpes por una flexibilidad particular de los músculos del cuello, en los boxeadores entrenados, dan lugar a que los daños en el esqueleto de la cara, sean relativamente raros en los combates.

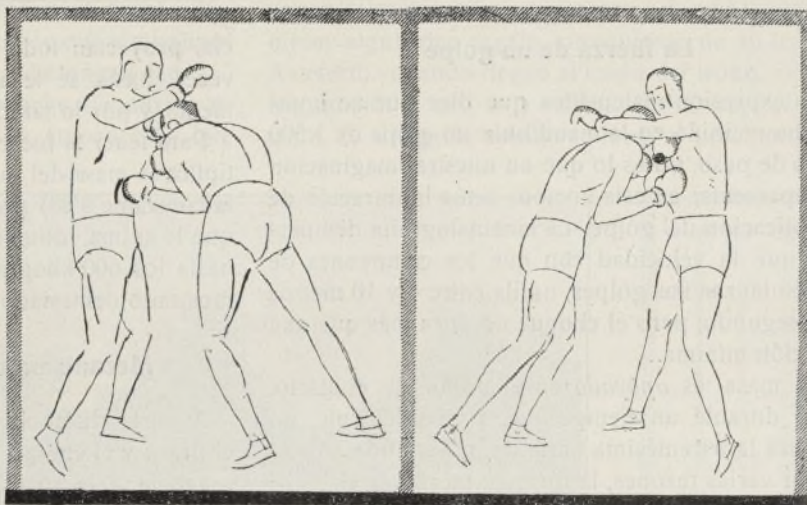
Las deformaciones en cara, manos o tronco, aumentan notablemente la dureza, mucho más de lo que pudiera suponerse.

Mecanismo fisiológico del Knock out

Las dos formas principales de Knock out: una está determinada por conmoción del oído interno en el golpe a la cabeza, y el otro por la del gran simpático en los llamados *golpes al estómago*, que chocan especialmente con el plexo, formado por un grupo ganglionario abdominal del gran nervio vegetativo, profundamente oculto en lo alto del abdomen. *Ni en uno ni en otro caso, hay nunca síncope ni lipotimia.* Sin embargo, los golpes al plexo, producen a veces un alto en la respiración, de algunos segundos.

En todo Knock out, por llaves o directos, en la

punta de la barbilla y sobre la rama horizontal del maxilar, hay caída del cuerpo por suspensión brutal de las funciones de equilibrio, que están asegu-



1.—Golpe dirigido al estómago, sin extensión del brazo, en que se aprovecha todo el peso del cuerpo.

2.—Golpe dirigido al corazón, sin extensión del brazo, en que se aprovecha todo el peso del cuerpo.

radas por el laberinto y los canales semicirculares del oído.

Esta transmisión del choque, es acrecentada por la palanca maxilar que se encuentra situada justamente debajo del aparato laberíntico auditivo. Los golpes, en otro punto cualquiera de la cara, generalmente no producen el fenómeno del Knock out. Este, causa hemorragia en el laberinto, caída, pérdida del conocimiento, ruido de oídos y vértigos.

El Knock out al estómago, es de un modo general, todo golpe asestado al nivel de la cintura; se produce rápidamente un estremecimiento de todo el sistema nervioso del gran simpático, que se caracteriza por una rápida pérdida de fuerzas hasta el agotamiento.

El golpe a la carótida, en realidad, trata como el de la nuca, de la conmoción del bulbo; pero no hay ni puede haber detención circulatoria de la carótida, que, por otra parte, está resguardada por músculos poderosos, durante la fracción de segundo de contacto traumático del puño.

Todos los golpes que estremecen el tallo óseo de las vértebras del cuello, que sea al nivel de la carótida, más lejos o más atrás, puede knock outar por compresión contra importantes centros de las funciones más esenciales de la economía.

PAGINA DE ARTE



EMBARQUE DEL REY DON JAIME EL CONQUISTADOR EN SALOU PARA EMPRENDER LA CONQUISTA DE MALLORCA. Cuadro de Raimundo Tusqu  ts.

DEL PAÍS DE LOS YANKEES

LA CIUDAD MAS GRANDE DEL MUNDO

El puerto

Una vez pasada la visita de inspección sanitaria, y subido a bordo el piloto, entra el buque en la bahía, surcada en todas direcciones por navíos de diversas nacionalidades. La estatua de la Libertad se yergue en medio, refulgente bajo los rayos del sol, y enfrente aparece, ante la vista del viajero atónito, un espectáculo asombroso, único en el mundo: los rascacielos, en forma de enormes fichas de dominó o de esbeltas torres doradas, grises o rojas, y cubiertos por enormes penachos de humo blanco, emergen del agua verdosa, dando la impresión de un conciliábulo de gigantes.

El trasatlántico avanza lentamente hacia la desembocadura del East, entre una multitud de gabarras, remolcadores, botes-policías, transbordadores, *ferries* y lanchas de todas clases, mientras a la izquierda se desarrolla el panorama de la ciudad baja y aparecen nuevos rascacielos; al pié de ellos, los muelles presentan una animación extraordinaria, recorridos por grandes camiones de transporte, por veloces tranvías y automóviles y por una enorme multitud.

Subiendo río arriba, van quedando a ambos lados los diques de las diversas empresas de navegación, hasta que cerca del célebre puente de Brooklyn—el mayor del mundo—, sobre una construcción de madera roja, aparece un letrero que dice: *Spanish Line*. El buque se detiene, y en seguida dos remolcadores le empujan, le hacen girar y le introducen rápidamente en el dique, donde queda amarrado.

Los trenes elevados

Después de cruzar la plaza de Battery, el tren aéreo entra a gran velocidad por un dédalo de calles

estrechas, formadas por gigantescos edificios, a través de cuyas ventanas se ven despachos de oficinas, con empleados escribiendo a máquina, o inclinados sobre los pupitres; almacenes y fábricas, con centenares de obreros alineados ante largas mesas y trabajando rápidamente.

La altura de los edificios y el viaducto del tren, que cubre casi toda la anchura de las calles, su-

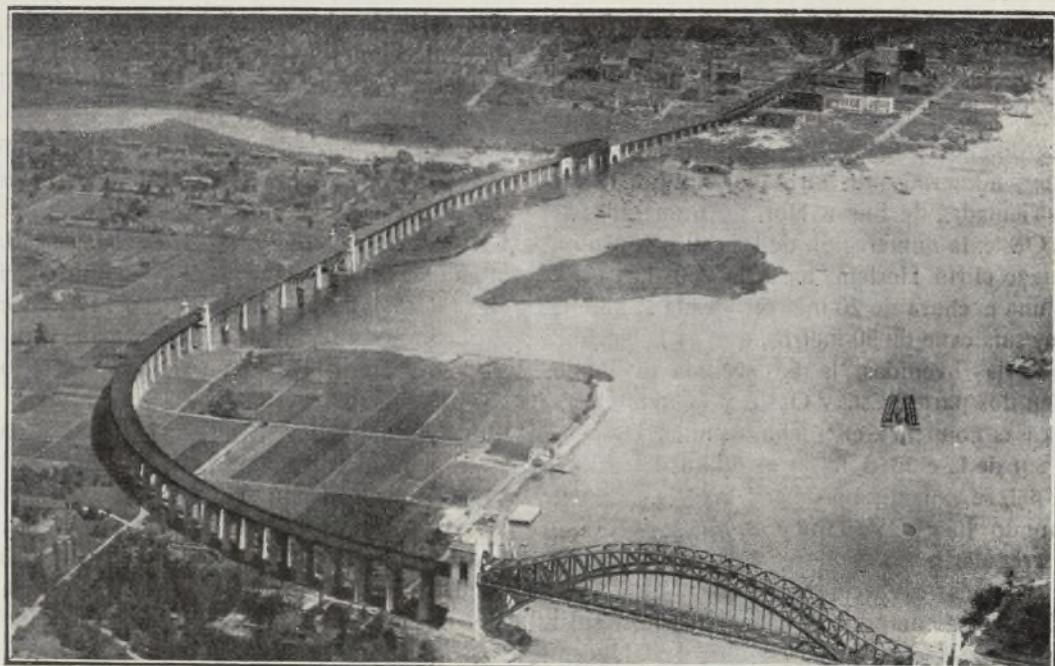


Lo primero que aparece a los ojos del atónito viajero al llegar a New York es la estatua de la Libertad, que, como ciclópea atalaya, se yergue en mitad del puerto, sirviéndole de fondo el espectáculo asombroso de los rascacielos que emergen del agua verdosa, dando la impresión de un conciliábulo de gigantes.

mergen a estas en una penumbra constante, aun a mediodía.

La red de trenes elevados consta de cuatro líneas principales que, comenzando en el extremo Sur de la ciudad, llamado South Ferry, recorren las 2.^a, 3.^a, 6.^a y 9.^a avenidas, con ramales a los distritos de Queens y de Brooklyn por los puentes respectivos. Cada seis bocacalles hay una estación con cuatro escaleras, dos para subir y dos para bajar, que llegan hasta las aceras; en algunas, la escalera es automática, y sube por sí sola. Las estaciones consisten

la longitud de la estación. El conductor que hay en cada plataforma abre las portezuelas, y unos viajeros salen y entran otros rápidamente. El interior de los coches está todo lleno de anuncios; a lo largo de las paredes hay asientos de rejilla; si es la hora de la salida del trabajo—de cinco a siete—, todos los asientos están ocupados, y en el amplio espacio que media entre ellos hay dos o tres filas de personas agarradas a las correas que penden del techo. Entrados todos los viajeros que caben materialmente, pues la desproporción entre los medios



Maravilloso panorama alrededor de New York, en el cual se ve el tendido de los trenes elevados, verdadero alarde de la ingeniería moderna.

en una plataforma cubierta, con despacho de billetes, sala de espera, puestos de periodicos y dulces, etc. Después de tomar el billete y depositarlo en una urna, se pasa al andén, cubierto de anuncios en toda su longitud. Las estaciones son dobles: un lado para los trenes ascendentes y otro para los descendentes, y entre ambos andenes circulan los trenes sobre un plano inferior, de modo que el piso de los coches está a la misma altura que el andén, para evitar los accidentes. En las estaciones donde paran los rápidos hay un segundo piso para el servicio de estos, y su vía desciende gradualmente, pasada la estación, hasta colocarse al nivel de la de los trenes locales.

Alineados en el borde del andén están los viajeros; llega el tren a toda velocidad y para de golpe, ocupando, los siete u ocho vagones que trae, toda

de transporte de New York y el número de viajeros no permite establecer un «completo» determinado, el conductor del último coche da la señal de salida, que se va transmitiendo de coche en coche hasta el conductor del tren.

El precio del billete es 25 céntimos, y da derecho a recorrer cualquier distancia en una misma dirección, pudiendo tomar sucesivamente cuantos trenes se quiera. La tracción es eléctrica, por medio de un frotador que corre sobre un tercer rail. El servicio está muy bien organizado, sucediéndose los trenes día y noche a intervalos graduados, según la afluencia de viajeros a las distintas horas del día. A las de entrada y salida del trabajo los trenes salen de cada estación en cuanto el precedente llega a la siguiente, prestando así un servicio rapidísimo y eficaz.

La instalación de la tercera línea para los trenes

rápidos, hecha recientemente, ha sido una obra maestra de ingeniería, pues se ha ejecutado sin suspender ni un solo día, ni disminuir, la circulación de 3.000 trenes, que transportan aproximadamente 900.000 personas por día.

Aspectos de la ciudad

Al entrar en la 6.^a avenida, cambia el aspecto de la ciudad; ya no hay rascacielos, sino casas de cuatro o cinco pisos, con fachadas de color gris, rojo o amarillo, a lo largo corren escaleras de metal, que se usan en caso de incendio. Son casas de vecindad, y en la planta baja hay tiendas de todas clases.

A partir de la calle 8.^a, New York puede compararse a un tablero de damas, con algunas irregularidades, dividido por 220 calles, orientadas de Este a Oeste; y numeradas de Sur a Norte, y por 12 avenidas orientadas de Sur a Norte y numeradas de Este a Oeste; la numeración de las calles se prolonga, pasado el río Harlem, hasta la 260. Las calles tienen una anchura de 20 metros, y cada 2 kilómetros hay una calle de 30 metros, que es la anchura media de las avenidas; la 5.^a avenida divide las calles en dos partes; Este y Oeste, y la numeración de las casas comienza en dicha avenida. Desde la punta Sur de la ciudad, hasta el límite del distrito municipal, se extiende Broadway, la calle más larga del mundo (tiene 5.189 números), siguiendo un curso irregular hacia el Oeste y cruzando diagonalmente casi todas las avenidas.

La Ciudad se compone de cinco distritos, situados en una península, formada entre el río Hudson y el mar, y en las islas Manhattan, Long y Staten,

que forman la bahía de New York. En el distrito de Manhattan en la parte Sur, llamada la ciudad baja (*down-town*), están los muelles, las casas de exportación, las fábricas, almacenes, bancos y bolsas, y es donde se realizan todas las transacciones comerciales. En la calle Wall está localizado el centro monetario de América, tanto que Wall Street es sinónimo de mercado financiero, y se habla de la influencia de Wall Street refiriéndose a la que ejercen los grandes capitalistas que allí realizan sus especulaciones.

Más al Norte, subiendo por Broadway, hay bancos, cajas de ahorro, oficinas, grandes almacenes de confecciones y algunas tiendas, y al Este se encuentran los barrios italianos y hebreo, donde se aglomeran centenares de miles de emigrantes pobres. En los alrededores de Broadway, entre las calles 25 y 51, están los teatros, hoteles, cafés, tiendas de joyería y de modas, oficinas de periódicos, y los célebres anuncios luminosos. Pasada la calle 50, hay casas de vecindad, hoteles lujosos, círculos elegantes e iglesias, ambos lados del Parque central. En la 5.^a avenida, en su parte superior, y en Riverside Drive, a orillas del río Hudson, están los lujosos palacios de los ricos y suntuosas casas de alquiler. En la parte alta de la ciudad el terreno es muy quebrado, y allende el río Harlem, en el distrito de Bronx, se encuentran los magníficos parques Van Cortlandt y Bronx. Las avenidas y las calles anchas, como las 14, 34 y 42, están ocupadas por tiendas, comercios y oficinas de todas clases, y tienen líneas de tranvías; en las demás calles, por regla general, no hay más que casas de vecindad.

=====

O D I O

*Benditas las mujeres delicadas y lindas
que dejan a su paso un perfume ideal,
que tienen unos labios del color de las guindas
y que ríen ingenuas porque ignoran el mal.*

*Benditas las que, fuertes, batallan por la vida,
y que me amaron locas, como yo las amé;
que curaron, piadosas, mi alma dolorida,
María, Lola, Gloria, Adelaida, Friné...*

*Adoro a estas mujeres porque al fin fueron mías
y a aquéllas las admiro, porque sus alegrías
no tienen la ponzoña de la humana pasión;*

*pero a esa, que nunca diré cómo se llama,
la aborrezco. Por ella aprendí cómo se ama,
teniendo la lujuria dentro del corazón.*

Rafael MONTEALEGRE

PUDO MÁS EL AMOR

Juan Acosta buscó la habitación más espaciosa de la casa y se encerró en ella. Quería estar solo; necesitaba estar solo. Unicamente la soledad podía ser un lenitivo a su gran dolor.

Su mujer le era infiel. Había adquirido la certidumbre de su desgracia y con ser ésta tan grande, tan desgarradora, en buena lógica no podía sorprenderle, aquéllo era inevitable, tenía que suceder y había sucedido.

—Era inevitable—se decía Juan, en tanto que

liosas vitrinas, telas irisadas y objetos de arte, todo ello regalo de la vista y de los sentidos que llaman a la vida.

Por la mente del infeliz, cruzaban en atropellada cabalgata el recuerdo de las cosas pasadas y de entre ellas iban surgiendo las distintas fases del drama cuyo desenlace era inminente.

—Yo la amé en el mismo momento de verla; fué un deslumbramiento que ya no me dejó nunca.

La seguí, la perseguí; monté un costoso y minu-



También allí moría algo de Juan, y moría en aquel salón adornado con muebles suntuosos y valiosas vitrinas...

daba grandes paseos por el salón—. Ya no sirve el querer no ver ni el no querer oír. No bastan ya subterfugios más o menos piadosos o egoístas. Hay que mirar las cosas frente a frente, y tú, pobre hombre que presumes de hombre entero, ¿qué harás ahora?

Hablaba consigo mismo en alta voz y accionaba, y al hacerlo, la mirada se fijaba penetrante en su propia figura reflejada en el amplio espejo. Tuvo que retirar la vista; jamás se le había aparecido un rostro más alterado por la pesadumbre de tantas emociones y tan violentas.

Se dejó caer en una butaca. La casa estaba sumida en un silencio profundo. Era domingo y toda la vida aflúa al centro de la urbe y aquel pequeño trozo de la periferia, en donde vivía Juan, ya de por sí tranquilo, adquiriría en tales días una quietud y un reposo que daba sensación de cosa muerta...

También allí moría algo de Juan, y moría en aquel salón adornado con muebles suntuosos y va-

cioso servicio de vigilancia cerca de ella y sabía hora por hora los sitios en que podía hallarla y siempre me encontraba con aquellos ojos fascinadores, magnéticos, que tenían la extraña virtud de oscurecerlo todo en su alrededor, todo era negro para mí, aún en los más brillantes espectáculos cuajados de luces; y de entre aquella mancha sombría, en su centro, como sirviéndole de siniestra aureola, surgía élla resplandeciente: el busto erguido, la garganta impecable, los cabellos de oro y... aquella mirada, su terrible mirada de dominadora de dominadora de hombres.

Me acogía benévola con la vista; mi fervido homenaje de admiración le era grato; pero sólo por un instante, luego, sus ojos se fijaban en otros ojos, que, al igual de los míos, se rendían sumisos... ¡Insensato de mí! ¡Yo quise poseer a aquella mujer que no podía ser de nadie!...

Juan se levantó y vacilante dió unos pasos; luego se detuvo indeciso. A una excitación violentísima

que marcaba sus músculos de acero en movimientos de un poder increíble, sucedía una depresión infinita, y su cuerpo de atleta se erguía, ya como un titán o como una masa inerme se desplomaba...

De pronto se fijó en un lienzo encerrado en un óvalo que imitaba al cobre viejo. Era un retrato al óleo, y del fondo oscuro parecía como adelantarse un rostro de mujer: la cabeza estaba cubierta con una toca y de ambos lados de ésta bajaban dos anchas cintas de terciopelo negro que se anudaban bajo la barbilla.

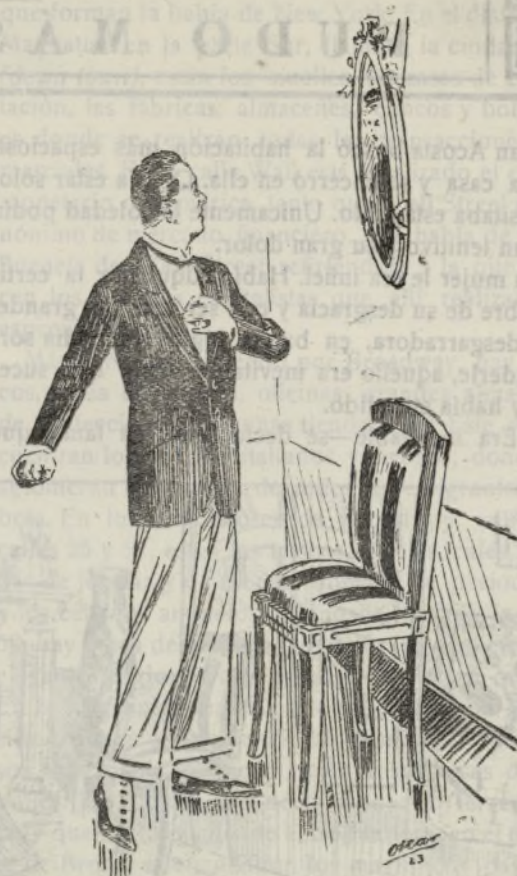
En aquel retrato no había más que unos ojos que se destacaban con un brío extraordinario sobre el fondo algo lechoso de las carnes, y aquellos ojos eran vivos, penetrantes, inquisitivos.

Juan se dirigió a ellos: —Tú me lo advertiste, madre; tú presentías la tremenda cosa, y cuando tu celo maternal me decía una y mil veces: «Esa mujer es todo vanidad y pecado y hará de ti un trapo», había en tus palabras un acento tan extraño, tan raro, que aún parece que resuena en mis oídos; yo entonces no comprendía ni tus palabras ni el sentido de ellas; ahora sí, ahora sé perfectamente lo que querías decir; había en tus advertencias amor; mucho amor hacia mí; había miedo, espanto por mi futuro y había... ¿por qué no decirlo, madre?— y Juan lanzó un grito, más bien un rugido—, había sonrojo, bochorno al vislumbrar que no tendría valor para vengarme...

Y aun tus ojos me lo continuaban diciendo; sí, sí; me llaman cobarde... Bien lo veo, me llaman cobarde... Pues sí, madre sí.

¡Tremendo poder de seducción el suyo! Sé que me deshonor, sé que me escarnece, y lo que es más horrible todavía: *ella sabe que yo lo sé todo...* y a pesar de esto, ante la sola idea de que un movimiento un poco brusco de mis nervios podría hacer hundir mis dedos en su garganta, me hace temblar...

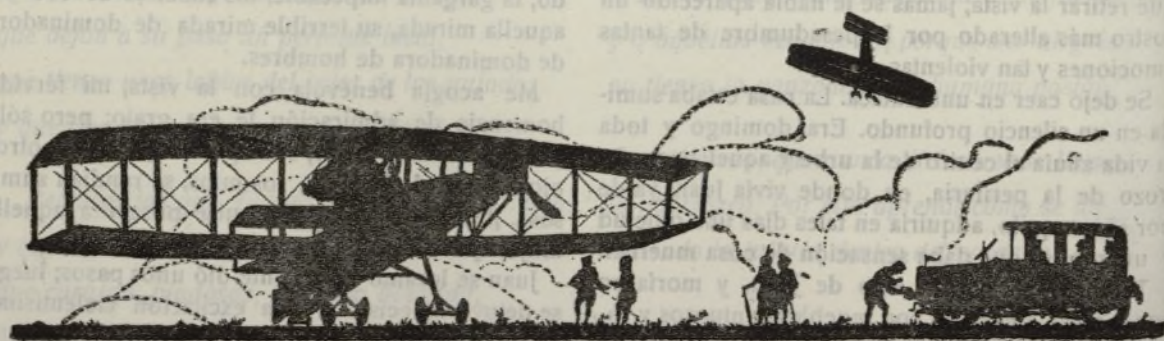
¿Qué cosa terrible es esto, madre mía? ¿Cómo es posible esto?... ¿Cómo es posible?... Pero tranqui-



(Juan dirigiendo la palabra al retrato) «Tú me lo advertiste madre. Tú presentías la tremenda cosa»...

lízate, madre, no me mires con esos ojos tan severos. Evitaré el deshonor. Cobarde sí, no indigno... Ya sé, ya sé lo que me pides... Pero eso no, a ella no; ¡oh! nunca, no tendría valor... ¿A mí? A mí sí, con verdadera rabia y al hundir el acero en mis carnes me repetiré una vez y otra vez: cobarde, cobarde, cobarde... Será mi última palabra... ¿Mi última palabra?... perdona madre mía, tal vez sea su nombre...

ANTONIO DE GOLLURI



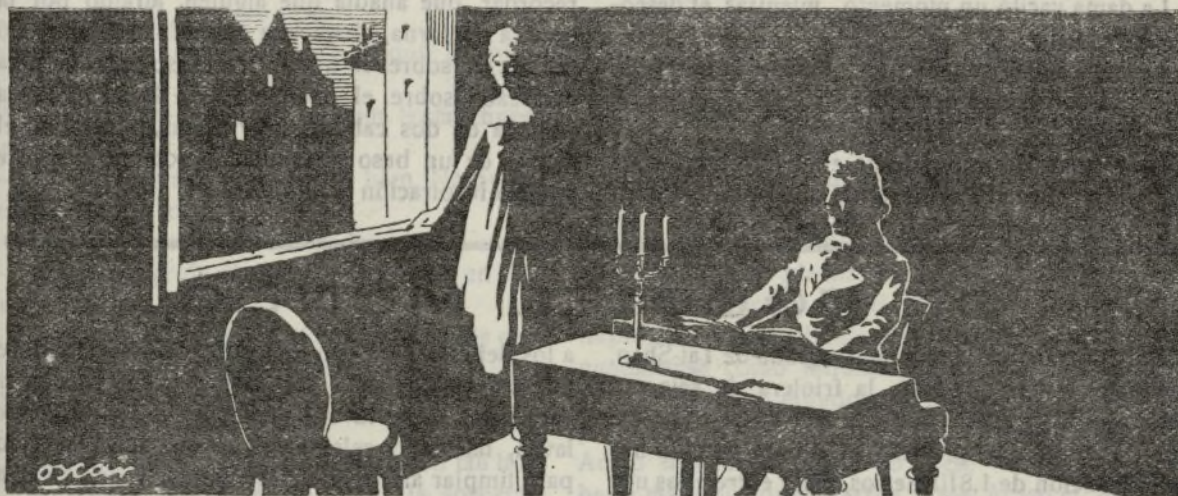
UN RECUERDO DE BEETHOVEN

MIENTRAS LA CIUDAD DORMÍA...

Ha mucho tiempo, oí referir esta historia a una anciana que había conocido a Beethoven. A una anciana con cabellos de plata y ojos verdes como el mar dormido; en los que resplandecía, mientras hablaba, un fulgor de marchitas alegrías y de ilusiones pasadas, que prestaba animación de realidad a su romántico relato. El recuerdo de aquella mujer se mezcla aún, en mi memoria, con la silueta del inmortal maestro.

* *

Era una noche de Mayo: callaban las voces de la



tierra, y la alta luna, brillando en el cenit, bañaba la ciudad dormida con su luz espectral y fría.

Un hombre cruzaba lentamente por una calleja solitaria. De pronto, hirió sus oídos una armonía extraña y dulcísima; el paseante se detuvo. Los ecos se escapaban de un caserón que habría sus balcones y sus rejas, en un extremo de la calle.

Cautelosamente, como quien acecha y teme despertar con sus pasos la víctima que espía, se acercó el paseante hasta la abierta reja. No salía del fondo de la estancia claridad alguna; sólo los ecos mágicos del clavicordio, llegaban hasta el desconocido que, inmóvil como una estatua, junto al quicio de la ventana, escuchaba absorto los tristes ecos de aquella música, en la que un motivo apasionado y tiernísimo, se desenvolvía a veces en un canto enérgico y gallardo, y palpitaba otras, sofocado por una lluvia de notas graves y tristes como un recuerdo de amargura.

Pasaron así algunos instantes. La música paró un momento, y volvió a comenzar de nuevo. Era otro hermoso y triste, desenvuelto con sencillez genial, en un ambiente de simpatía melancólica. Una frase de asión infinita vibraba también en ella, como la queja de un dolor sin esperanzas, destacándose a veces límpida y precisa, escondiéndose después entre armonías inefables.

El desconocido, avanzó resueltamente hasta la ventana. Apoyó los codos en su alféizar, y el rostro entre sus manos, y siguió escuchando, mientras devoraba con los ojos el interior de la estancia

oscura. La clara luna, recortaba sobre el suelo la claridad del ventanal, en cuyo fondo, aparecía la sombra enérgica del espectador silencioso. El clavicordio seguía sonando en un ángulo de la estancia; en la penumbra indecisa, se destacaba una sombra blanca; la de una mujer, cuyas manos de nieve arrancaban el teclado, los ecos de aquel canto de amores.

Cesó la música otra vez, y entonces, mientras la hermosa, al escucharle, se levantó sorprendida, y como pretendiendo huir, dijo el de la ventana:

—¡Seguid, por Dios! Jamás he oído interpretar de tal manera esa música, que me encanta. De fijo que Beethoven mismo, no ha oído tampoco ejecutar así sus sonatas.

La desconocida adelantó un paso, y guardó silencio. El otro continuó:

—Si os inspiro temor, me marcharé; pero os juro que jamás ha de ser oída vuestra música, con el en-

tusiasmo que yo la escucho. Comprendéis como nadie a Beethoven; conocéis bien al maestro.

—Toco todas sus obras, y, más que admirar, adoro su inspiración, dijo entonces la dama, que continuaba en pie, sin darse cuenta exacta de aquella extraña situación.

—¡Todas!, dijo el desconocido con acento de burla. Estoy seguro de ganar, si apostáis conmigo a que no conocéis, ni siquiera, todas sus sonatas.

—Toco todas sus sonatas, repitió la joven con acento breve, en que se percibía un dejo de orgullo irritado.

—Y yo os repito, añadió el otro, que no conocéis la última que ha escrito; que nadie en Viena la conoce; que es la más inspirada de cuantas el maestro ha concebido, y que vos podéis oirla, con sólo permitirme que salte por la ventana, y la toque en ese clavicordio.

La dama vaciló un momento, mientras el desconocido callaba.

La curiosidad venció por último a la hermosa, que dijo con acento decidido:

—Pasad.

Un instante después, desde el ángulo oscuro de la estancia, brotaba un torrente de armonía, un di-

luvio de notas que se escapaba por la ventana abierta, y envolvía como un sueño voluptuoso, la rubia cabeza de aquella mujer. Era ella entonces quien, como antes el desconocido, oía, apoyada junto a la ventana, silenciosa y con ojos humedecidos, las frases tristes de aquella canción misteriosa.

Por fin la música cesó; dos manos se estrecharon en las sombras, y mientras una trémula voz de mujer murmuraba: ¡Beethoven!, la voz grave y sonora del maestro, decía con acento de pasión: Beethoven, que os debe la hora más dichosa de su vida, y a quien sólo falta, para creer perfecta su última obra, conocer el nombre de la mujer que la ha inspirado.

.....

Como hace tanto tiempo, no sé bien ya cómo la anciana terminaba su leyenda; pero me parece recordar, que añadía que alguien, atraído por la música nocturna, observaba desde la calleja, y vio dibujarse, sobre el hueco luminoso que la luna destacaba sobre el pavimento de la estancia, la sombra de dos cabezas muy juntas, y escuchó el rumor de un beso apasionado, nota postrera de aquella inspiración sublime.

DE TODO EL MUNDO

En China, sobre la montaña sagrada de Tai-Shan, hay una escalera que tiene la friolera de seis mil escalones. Esta es, sin duda, la más larga y alta del mundo entero. Del primero al último escalón hay una elevación de 1.810 metros, y hay entre ellos una distancia de veintiseis kilómetros y medio.

A un kilómetro de la villa de Taingan-Fu, hay una puerta monumental, flanqueada por dos pagodas colosales. Esta puerta da acceso a la gigantesca escalera por entre una doble fila de templos y de santuarios dedicados a Confucio.

Seguramente, no se ha escrito jamás un tratado de las reglas de urbanidad tan completo y detallado como el *Li-ki*, uno de los libros sagrados de la China, en el que se contienen las llamadas *Reglas del Ceremonial* con una minuciosidad verdaderamente exagerada.

En este libro, el chino aprende cuándo debe llevar la túnica recogida o cuándo debe dejarla caer «como el agua que corre»; cuándo tiene que andar apoyando el tacón y cuándo debe avanzar como deslizándose por el suelo.

Lo más curioso del libro es la parte consagrada

a los deberes para con los padres. Un hijo no debe jamás decir que estos son viejos; si los ve con la cara sucia, tiene la obligación de rogarles que se laven, haciendo calentar agua que haya servido para limpiar arroz, y si les oye decir que sienten algún dolor físico, les frotará respetuosamente en donde les duela.

También da el *Li-ki* una lista de las comidas propias para cada estación, y hasta recetas para hacer los distintos platos que en dicha lista figuran.

La moneda de oro de más valor es, en la actualidad, el *lool*, de Anam, colonia francesa en el Asia oriental. Es un gran disco de oro en el cual se ve, escrito con tinta india, su valor, que es de 1.400 pesetas próximamente. A esta moneda sigue en valor el *obang*, del Japón, que vale unas 350 pesetas y después viene el *benda*, del país de los aschantis, que representa un valor de casi 200 pesetas.

De las monedas de plata, la que ocupa el primer lugar es también de Anam; es el *ingot* de plata, que vale cerca de 100 pesetas. Después viene el *tael* chino y luego el *doble thaler*, de Austria.

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

Después, alentado por aquella prueba de confianza, se animó.

—¿Quién le ha hecho odiosas las galanterías? ¿Farfán? ¿Farfán de los Godos? Comprendo que la abrume, pero usted no debiera tomarle esas cosas así. A veces ni sabe lo que hace. ¡Vive el pobre tan desesperado con sus desdenes!

Estela le miró aterrada. Se le ensombrecieron los radiantes ojos verdes y casi esbozó un movimiento de huida.

—¿Es amigo suyo? ¿Está aquí?

No está, no se asuste. ¿Pero por qué le quiere tan mal?

Más tranquila la muchacha dió una lenta chupada al cigarrillo.

—No le quiero mal ni le quiero bien. No puedo quererle. He ahí todo.

—¿Y no puede siquiera compadecerle?

—No lo ha querido él. Se ha empeñado en inspirarme odio solamente.

—Discúlpelo señorita. Es que la adora y los desdenes de usted lo vuelven loco. Su vida, a la verdad, debe ser horrible.

—¡Que se mate!

Lo dijo con tal sequedad, con expresión tan hosca, que Daniel se estremeció. Tuvo la sospecha punzante de que si Farfán acabase de poner allí término a su vida y a sus penas tal vez la muchacha le dedicase, por toda oración, un suspiro de

alivio. Y no era para tanto. Por mucho que aquel hombre la persiguiese, por mucho que la molestase, no era, no, para odiarlo así. Sintió hacia ella nuevamente la sombra de miedo que antes lo había invadido. Y no importó que cambiase el acento seco y la expresión dura. No importó que, volviendo a mirarle, arrepentida quizás de sus palabras, le preguntase con dulzura si había nada tan hermoso como dar la vida por un amor. Daniel respondió secamente:

—Pero no por una locura.

La muchacha no se ofendió. Limitóse a argüir en voz lejana, ensoñadora:

—Mejor aún y más bello. Después de todo, amor que no es locura, ¿qué es?

Con el codo desnudo sobre la rodilla dió al cigarrillo un chupada intensa, y el humo, al instante en libertad, saliendo de la boca entreabierta, veló el bello rostro, idealizándolo. De aquel pecho magnífico escapóse con el humo un suspiro que impresionó a Daniel, mientras los ojos entornados quedáronse como mirando, al través de la niebla azulosa, hacia un mundo quimérico cuya contemplación aun más los embellecía. ¡Quién supiera! Acaso la extraña mujer no fuese únicamente un bello mármol, como Farfán creía. Acaso el bravo conquistador de corazones erró tan sólo el camino para llegar a aquel corazón donde estaba toda su posibilidad de ventura.



Ayuntamiento de Madrid

Y más tarde, cuando terminada la fiesta dejaba ya la casa, se sorprendió Daniel de su gesto indiferente y como ausente. Casi la reprendió.

—¿Pero se va así?

La criolla se volvió con lentitud, brillándole en los ojos un relámpago de compasiva ironía.

—¿Así, cómo?

—¿Sin darme una esperanza para mi pobre amigo? ¿No se compadecerá nunca de quien tanto la quiere?

—¿Si se contentase con la compasión tan sólo!

Una compasión que fuese un camino.

—¿Para el amor? ¿Pero usted cree de veras que puedo enamorarme de ese hombre?

Una gravedad, una emoción honda parecieron asomar a las palabras de Estela. Dió un paso, alejándose, y volvió a detenerse.

—¿Si a las mujeres, señor, ya no se nos enamora con jactancias ni con desplantes! Acá, al menos, son otras condiciones las que exigimos.

Con palabra impetuosa y ardiente le preguntó Daniel qué condiciones exigiría ella, y la muchacha optó por reír.

—¿Para decírselo a su amigo? ¿No me faltaba otra cosa!

—Pues para no decírselo, por gusto tan sólo de saberlo...

Lamentablemente, Estela lo ignoraba. Hasta entonces, según confesó, los hombres no la habían interesado tanto como para preocuparse de sus condiciones. Que supieran hacerla reír, distraerla un instante, y no les pedía otra cosa... Ninguno había llegado a enamorarla aún. ¿Estaría en lo cierto Farfán de los Godos al afirmar que no podía querer a nadie? ¿Carecería de corazón realmente?

Ya cerca de la puerta de la calle, ya habiendo estrechado la mano de la criolla, insistió:

—Piénselo un poco. ¿Cómo tendrá que ser el hombre de quien usted se enamore algún día?...

La muchacha meditó, complacida, y sonrió al fin:

—No sé. Tal vez una cosa muy grande, algo así como un espectáculo muy bello...

De nuevo le tendió la mano y añadió ya seria, envolviéndole en el cálido fulgor de sus ojos radiantes:

—Un día me enamoré del mar. He ahí de qué cosas yo me enamoro.

Daniel estuvo viendo alejarse el automóvil donde aquella mujer partía, sintiendo más honda su nostalgia, más viva la sensación de soledad y de abandono. La hija de Iturbe le había hecho una impresión no sabía si dulce, si ingrata, pero muy fuerte. Iba por las calles abstraído de todo otro pensamiento, ingrátas las ideas, como quien se excedió en la bebida de un licor extraño. Recordando la be-

lleza de aquella criatura y las armas tan poderosas de su seducción, volvía a compadecerse de Farfán de los Godos. Tenía razón el triste hombre. Con todos sus defectos, tratábase, en realidad, de una criatura adorable, encantadora, perturbadora. Y se sonrió escépticamente en medio de la noche honrada. ¡Con todos sus defectos! A la verdad, sólo le encontraba uno, sólo le reconocía el defecto grave y pavoroso de que no le gustase la tierra del padre, tan semejante a su tierra querida.

La había interpelado acerca de este asunto, y ella no negó el deplorable sentimiento. Habló con horror de la casa desmantelada de sus abuelos, se estremeció recordando aquel viento que entraba ululando por todas las rendijas, se tapó, horrorizada, los oídos, pensando en la gaita estridente de las fiestas. ¡Y qué razón tenía también Farfán en llamarla sirena! Sirena verdadera, conseguiría, sin duda, que el viajero desprevenido olvidase, al oírla, sus deberes, y olvidase su patria y olvidase su hogar. Él mismo, tan prevenido como estaba, que nada esperaba ni nada quería de ella, reconociendo que debía considerar odiosos tales juicios, no pudo. ¡Era tan graciosa la maldita! Decía aquellas atrocidades con tanta gracia, acentuaba aquellos gestos con sonrisa tal, que en vez de indignarse, de afearle tales aberraciones, se encontró de repente también sonriendo con arrobó, como aceptando, casi como aprobando...

Cuando llegó al hotel reinaba allí una tal agitación, que no pudo hablar con sus amigos de lo ocurrido durante la tarde. Y la cosa, ciertamente, no era para menos. Un suceso grave, el más importante tal vez de cuantos la suerte pudiera deparar a aquellos individuos, estaba a punto de producirse. Portela, el ilustre Portela y Poituondo, escritor y político, venía a América... Venía a América, donde tanta gente le admiraba por sus valientes campañas y su vida heroica, con el fútil y gastado pretexto de dar conferencias a tanto la entrada; pero, en realidad, a emprender aventuras de otra índole, Villasuso, que era quien había traído tan gratas novedades, gritaba, ahogándose:

—Las conferencias son un pretexto para que nadie sospeche, pero yo sé muy bien que viene a otra cosa.

—¿A hacer un libro?

—A conquistar un territorio.

—¡Villasuso!

El poeta despreció las risas y sonrió con el desdén del hombre superior que está en todos los secretos de la diplomacia y de la historia.

—Para vosotros, por lo visto, ya no hay en América territorios independientes...

—¿Y los hay?

—¡Pues claro que hay!

Había, en manos de los indios, grandes pedazos de tierra que podían dar origen a grandes cuestiones. El Tiocal, por ejemplo, aparentemente argentino, perdido entre las fragosidades de los Andes, de los Andes gigantes, como aclaró luminosamente, podía, en el momento menos pensado, declararse chileno.

—¿Comprendéis?

No comprendían y les llamó torpes. Que los chilenos se estableciesen en el territorio; que después el Tiocal, por cualquier motivo, pidiese protección a Chile. Pues en aquel instante vendría el pleito, vendría el lfo, vendría tal vez la guerra. En cambio, era la protección de la Argentina lo que se solicitaba, y ya estaba hecho el precedente.

—¿Pero qué falta hace Portela para eso?

—Me asusta vuestra ceguera. Hace falta el hombre de prestigio universal, y, esto aparte, el hombre de talento y de energía a quien confiar empresa tan difícil...

Calló un instante, y añadió a poco, con voz solemne, temblorosa de emoción:

—¡Todo llega teniendo paciencia, y nuestra hora ha llegado! Lo único que este grupo necesitaba para cumplir verdaderamente su destino, era un jefe, y el jefe ahí está. Ya tenemos caudillo, compañeros...

Y la asamblea rompió en un grito unánime:

—¡Viva el caudillo!

V

A Daniel no se le iba de la imaginación el recuerdo de la tarde en casa de Pumariega. El vino fuerte de las palabras de la criolla, de sus sonrisas, de su crueldad para con Farfán y de su concepto exaltado del amor, aun le mareaba con sólo recordarlo. Sin confesarse así mismo el por qué de tan brusco cambio, se vistió mejor, frecuentó los tés lujosos de la calle Florida, fué a Palermo a la hora del paseo, buscándola con ojos anhelantes en todos los automóviles abiertos, que llevaban, con tan bonitas y también vestidas mujeres, así como una carga de flores. No la vió. Mil veces quiso preguntarle a su padre por ella, pero le faltó audacia para tanto. Y odiaba ahora aquel celoso concepto del país acerca del hogar. En otros sitios, él ya tendría abierta la casa de Iturbe, y, tan necesitado como estaba de una dulce amistad, allí la encontraría seguramente. Pero Iturbe se lo concedería todo menos la intimidad de su casa. Amigos de veras, socios muchas veces, no se visitaban siquiera, tratando sus negocios en el escritorio, en el *Club*, en el teatro, y Daniel protestaba, frenético:

—¡Qué desconfiados! ¡Qué gente!

Necesitando desahogarse, se propuso enterar de todo a sus compañeros de hotel. Y una tarde, después del infructuoso paseo por Palermo y el triste errar sin fortuna por las veredas y los establecimientos de Florida, entró resuelto en la casa. Ya estaban cenando sus amigos. Y al ver a Farfán de los Godos, que tampoco tenía el pobre de bello espectáculo y a quien quizá fuese imposible arrancarse del alma un amor tan triste, se le encaró resuelto.

—He conocido a tu amada, he hablado con ella...

Farfán no le preguntó cómo ni con qué motivo. Se limitó a enrojecer, a emocionarse.

—¿Y qué? ¿Hablasteis de mí?

—Renuncia a esa locura, Farfán. Hazme caso, y no pienses más en tal mujer. Por mucho que te cueste...

Le costaba tanto, que casi se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Me odia, ¿verdad?

—No sé, pero no pienses más en eso. Déjala.

Aquellas reticencias tan misteriosas aplanaron a Farfán. Sin decir palabra, clavó los codos en la mesa y hundió la cabeza entre las manos. De tiempo en tiempo se le oía un suspiro, y sus dedos cris-



pados lavantaban un mechón de pelo. Un poco apartados del sitio donde así penaba, sus amigos le compadecieron una vez más. Era necesario salvarlo y Trujillo tuvo una idea.

—¿Sigues apostando, Farfán?

Farfán levantó tristemente la cabeza, con gesto atontado, en una pregunta muda.

—¿Mantienes la apuesta de que hablábamos hace tiempo?—repitió Trujillo—. Pero nada de vidas, nada de tragedias. Si eres razonable, si sólo esperas, para curarte, a la prueba de que esa mujer quiere a otro, yo te la traigo...

Un estremecimiento pasó por la asamblea. Se temió a la furia de aquel hombre abatido. Pero Farfán de los Godos no se indignó como otras veces, no amenazó, no miró torvamente siquiera a quien de tal modo le amenazaba. Limitóse a una duda.

—¡Qué va a traer!

Y volvió a hundir la cabeza entre las manos y volvió a suspirar con aquellos suspiros detrás de los cuales parecía írsele la vida. Trujillo decidió, con noble arranque:

—Hay que salvarlo. Hay que traerle esas pruebas.

Pero la galante empresa quedó tristemente abandonada. Se acercaba el momento en que había de arribar el caudillo, y la mayor parte de aquella gente no tuvo alma para otra cosa. El día con tanto afán esperado llegó al fin. Muy de mañana, todas las Sociedades españolas, desde el elegante *Club Ambocastellano* hasta la más humilde agrupación formada por los hijos de cualquier aldea de cuatro chozas oculta entre las montañas de Galicia o de Asturias, aparecieron engalanadas, llenas de banderas. Por su parte, Villasuso, cuyo fervor no había decaído en tan largo tiempo, adornaba *El Pendón de Castilla* con unos versos saludándole, llamándole embajador extraordinario de la Patria, capitán resucitado de los Tercios y nuevo y glorioso conquistador de las Indias. Y agregaba:

Por hombres no lo dejes, español, capitán;
españoles de aquellos que habrás visto en la Historia,
impacientes de empresas y sedientos de gloria,
con la espada desnuda, esperándote están...

Desde bien temprano era mucha la gente que aguardaba en la dársena el arribo del buque. Villasuso calculó que no habría allí menos de ochenta mil almas. La realidad, no siempre conforme con sus cálculos, pudo que dejase esta cifra en menos de la mitad; pero de todos modos había gente y mucha. El buque iba acercándose poco a poco, con una solemnidad digna. Cuando se creyó que ya pudiera llegar a bordo el rumor de un viva, el viva, repetido y ampliado por tantos pechos amantes de las glorias patrias, fué como una explosión.

—¡Viva España!

—¡Vivan los españoles que la honran!

Al momento, allá en lo alto del vapor, entre la confusa masa de viajeros, destacáronse unos bigotes arrogantes y se oyó una voz recia:

—¿Es por mí?

—Es por el doctor Portela y Portuondo.

—Entonces, por mí. Gracias.

Los más impacientes procuraron no perderle de vista desde aquel instante, y cuando el buque terminó sus operaciones de atraque, acercáronse para sacar en hombros al ilustre huésped, y así conducirlo al automóvil donde, en la digna compañía del doctor Yañez, presidente del *Club Ambocastellano*; de Pumariaga, representante de la Sociedad española más abundante en socios y el doctor Madariaga, español el más capacitado para hablar con un español ilustre, le depositaron como a un objeto verdaderamente precioso.

Detrás, el público seguía rugiendo, clamorosa y ardientemente:

—¡Viva España!

—¡Viva Portela y Portuondo!

—¡Viva la tierra que tales hombres produce!

—¡Viva el último de los virreyes españoles!

Este grito lo lanzó Farfán de los Godos, arrebatado por el ardiente y contagioso entusiasmo. Villasuso sonrió al oírsele, feliz, sintiéndose autor de aquella idea que podía dar aun grandes frutos. Y como el automóvil se detuviera un instante y Portela volviese hacia él los ojos, enteramente perdido, rugió:

—¡Somos sus soldados!

Pero a la noche en el *Piornelo Hotel*, un terrible desconsuelo abatía a toda aquella gente. ¡Ya no podía nadie fiarse de los mejores informes! ¡Todo eran desengaños en este triste mundo! ¡Portela y Portuondo venía tan sólo a dar conferencias!

Era aún Villasuso, que todo el día anduviera husmeando noticias en *El Sol de España* y *El Pendón de Castilla*, quien informaba, trémula la voz, desmayado el acento. Al llegar Portela al *Grand Hotel Madre Patria* al instalarse en la habitación, que encontró adornada hasta con mirto, corrió al suntuoso lecho se tendió cuan largo era, negándose a salir al balcón donde el público le reclamaba. El doctor Yañez, inmóvil entre Pumariaga y Madariaga, dió entonces un paso hacia él y comenzó a decirle con su conocida solemnidad:

—La Comisión receptora comprende que ilustre huésped esté cansado, y por iniciativa de su presidente efectivo toma el acuerdo unánime de retirarse. Pero no sin advertir al huésped ilustre, para su conocimiento y efectos consiguientes, que el banquete en su honor es a las nueve postmeridiano... A esa hora...

(Continuará.)